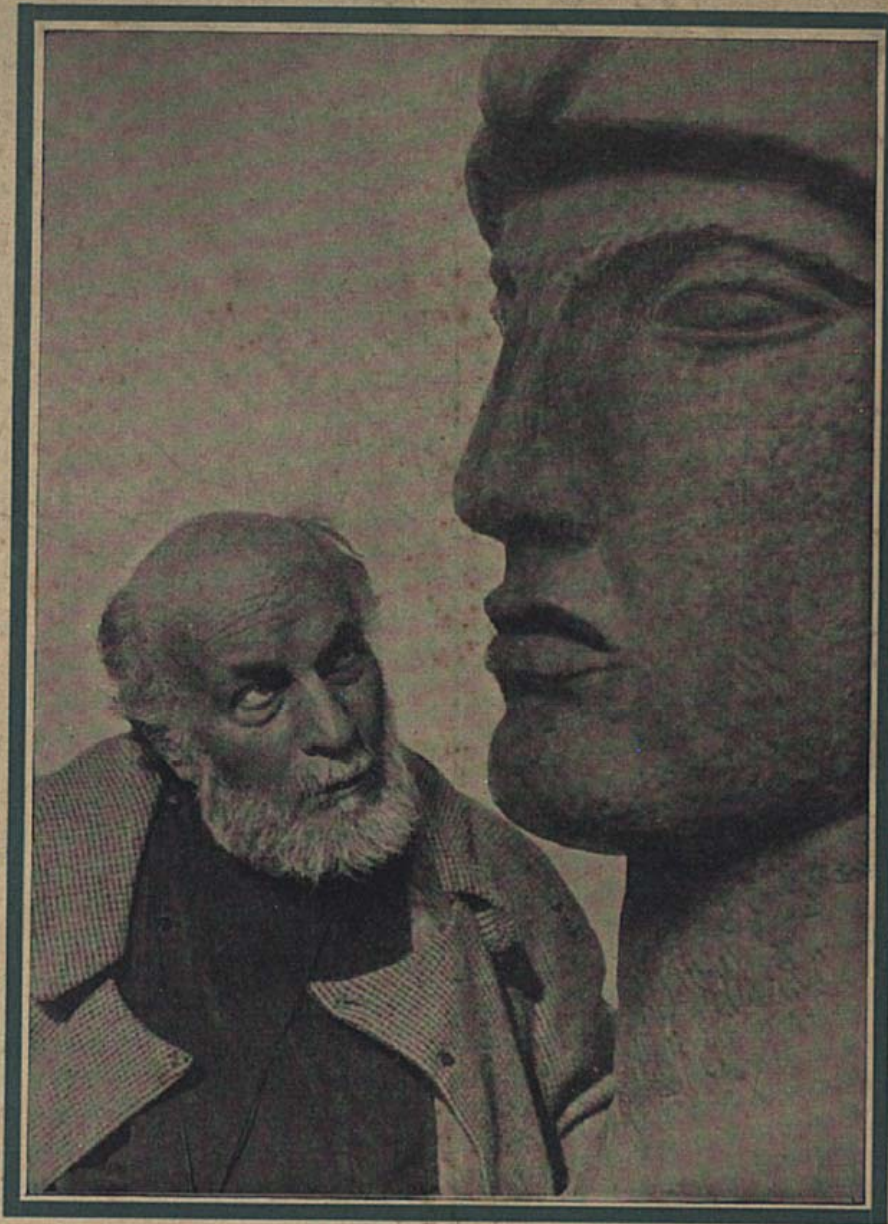


TEXTOS PUBLICADOS NA
REVISTA
LA CRUZ DEL SUR

La Cruz del Sur

N.º

26



PROSAS de: Emilio Oribe, Montiel Ballesteros, Eugenio Petit Muñoz, Carlos Benvenuto, J. Forest Muñoz, J. Soria Gowland.

VERSOS de: Carlos Sabat Ercasty y Alfredo Mario Ferreiro.

CARATULA de: Bourdelle.

GRABADOS: Mascarilla de Dn. José Batlle y Ordóñez; Herakles, La fuerza y La Virgen y el niño por Bourdelle; Dibujos de Teófilo Sánchez Castellanos.

M O N T E V I D E O

RELAÇÃO DOS TEXTOS ANALISADOS NA TESE

1. HABLANDO COM SILVA VALDÉS – n. 1, may., 1924, p. 2
2. AUTONOMÍA REGIONAL – n. 2, may., 1924, p. 1
3. EL CORDÓN AL SUR Y LOS CAPUCHINOS – FEDERICO LANAU – n. 1, may., 1924, p. 9
4. ACTUALIDAD EXTRANJERA - POLITICA INTERNACIONAL – EL TRUNFOM DE LAS IZQUIERDAS EN FRANCIA – n. 2, may., 1924, p. 12
5. POLITICA ITALIANA – EL FASCISMO – JAYME LUIZ MORENZA – n. 5, jul., 1924, p. 9-10
6. RINCON DEL PUERTO DE MONTEVIDEO – FEDERICO LANAU – n. 5, jul., 1924, p. 11
7. EL OMBÚ – CARLOS SÁBAT ERCASTY – n. 6, jul., 1924, p. 8
8. EL OMBÚ – FEDERICO LANAU – n. 6, jul., 1924, p. 9
9. EL NATIVISMO – n. 15, nov., y dic., 1926, p. 7
10. SOBRE LATINO-AMERICANISMO – OPINIONES DEL DR. ORZÁBAL QUINTANA, n. 16, abr., 1927, p. 24
11. NOTAS Y COMENTÁRIOS – ESTADOS UNIDOS Y NICARAGUA – n. 16, abr., 1926, p. 24
12. A MODO DE ACLARACIÓN – GERVASIO GUILLOT MUÑOZ – n. 14, out., 1926, p. 2
13. EL IMPERIALISMO YANQUE – JAYME LUIZ MORENZA – n. 17 may, y jun., 1927, p. 6-11
14. CONTESTANDO A LAS PREGUNTAS DE *LA CRUZ DEL SUR* – n. 17, may. y jun., 1927, p. 16-17
15. CONTESTANDO A LA ENCUESTA DE *LA CRUZ DEL SUR* – N. 18, JUL. Y AGO., 1927, P. 4
16. HABLANDO COM MORENZA – n. 19 Y 20, ene. 1928, P. 19-20
17. LA SEXTA CONFERENCIA PANAMERICANA – n. 19 y 20, ene. y feb., 1928, p. 24-25
18. PALACIO SALVO – ALFREDO MARIO FERREIRO – n. 22, may, 1929, p. 33-34
19. HISTORIA DE *LA CRUZ DEL SUR* – ALBERTO LASPLACES – n. 24, jun y jul., 1929, p. 2-3
20. LE CORBUSIER EN MONTEVIDEO – ÁLVARO Y GERVASIO GUILLOT MUÑOZ – n. 27, ene. y feb., 1930, p. 4-18

HABLANDO CON SILVA VALDÉS



FERNÁN SILVA VALDÉS

Somos buenos amigos del poeta Fernán Silva Valdés. Una de estas tardes pasadas fuimos a visitarlo con el ánimo de recordar bien lo que nos dijera — siempre dice cosas interesantes — a fin de darlo a publicidad.

—¿Qué prepara?—preguntámosle.

—“Poemas nativos”.

—¿Hacia dónde orienta su nuevo libro?

¿Qué puede adelantarnos respecto a él?

—En los *poemas nativos* de “Agua del tiempo” me propuse dar la sensación de un canto nuevo, desnudando una infinidad de aspectos poéticos que veía en nuestras cosas y que estaban inéditos aún. Cantos nuevos pedían ritmos remozados. Para cantos viriles y casi salvajes, una música igualmente viril y salvaje, pensé. Creo haberlo conseguido.

Mi próximo libro, “Poemas nativos”, aún dentro de esa misma orientación, tendrá, creo, una nueva virtud. Con él me oriento hacia el pueblo, y conservando iguales elementos de poesía superior, aunque sin enjaularme en músicas monótonas, voy hacia ritmos más regulares, para que mis poemas se vayan aferrando al oído popular. Eso sí, no se les pegará como un tango o una décima; para gustar mis cantos tendrán que elevarse un poco, tendrán que ponerse en puntas de pie.

—¿Cómo evolucionó?

—Apartándome de las sugerencias literarias y dejándome emocionar por el paisaje y las cosas que me rodean. En una palabra: huyendo de los libros y yendo hacia la vida.

—¿Qué sentido de la cosa nativa tiene usted?

—Sentido racial, por una parte, y estético, por otra. Racial, que se deriva del carácter de mis poemas, y estético, que surge de los ritmos renovados y de la imagen nueva, casi siempre apresada por primera vez para el lenguaje.

—¿Ve movimientos similares nativos en otras artes, en el Uruguay u otros países de América?

—Veo movimientos similares o parecidos en música y en pintura.

—¿Y quiénes serían, a su juicio, los artistas representativos?

—En música, considero representantes de ese movimiento a Alfonso Brocqua y Eduardo Fabini en el Uruguay, y a Vicente Forte en la Argentina.

En cuanto a pintura, sólo me referiré a los nuestros, pues no conozco lo suficiente a los de otros países de América.

—¿Y serían, entonces?

—Pedro Figari, quien sin ser lo que se llama *un pintor*, es un verdadero artista. En Figari hay un colorista, un emotivo y un épico evocador de nuestras costumbres antiguas. Gracias a él, no se borrarán en la niebla del tiempo. Figari ha realizado ya su obra. Luego, los jóvenes pintores: Blanes Viale, de obra madura ya; Cúneo, buscador de expresiones nuevas y el más interesante; Arzadum y Guillermo Rodríguez.

—¿Y en la escultura?

—Veo uno solo con obra que tenga aspectos americanos: José Luis Zorrilla.

—¿Qué opina de Zorrilla?

—Que es lo mejor que tenemos, y que va a ser — si no lo es ya — nuestro gran escultor.

—¿Qué piensa sobre los poetas de su generación?

—Me llena de orgullo mi generación. Nunca el Uruguay la tuvo igual, de poetas tales, con valores tan distintos y tan altos.

—¿Se anima a nombrarlos y a decir dos palabras sobre cada uno de ellos?

—Sí; comencemos por las mujeres: Juana de Ibarbourou, que me encanta, sencillamente; Luisa Luisi, cuya obra me merece muy alto respeto. Entre los hombres, Emilio Oribe, bien moderno y depurado, quien, ahora, como vive en el campo, adorna sus poemas con nidos de hornero y los calienta con fuego de churrinches; Sabat Ercasty, cuya obra, a veces, no es de mi gusto, cosa que no impide vea en él a un poeta de fuerza lírica extraordinaria. Pedro Leandro Ipuche, por algunos de sus poemas de “Alas Nuevas”, en los cuales, su orientación tiene aspectos coincidentes con la mía, más en el sentido racial que en el estético.

—Y de la generación anterior, ¿a quién considera más interesante?

—A Emilio Frugoni, porque se ha renovado, y de tal modo, que es como de la nuestra.

LA CRUZ DEL SUR

* REVISTA QUINCENAL DE ARTE E IDEAS *

NUESTRO PROGRAMA ES NUESTRA OBRA

AUTONOMIA REGIONAL

Habíamos perdido el rumbo. El cosmopolitismo arrasó lo nuestro, importando civilizaciones exóticas, y, nosotros, encandilados por el centelleo de la añosa y gloriosa cultura del Viejo Mundo, llegamos a olvidar nuestra tradición, acostumbrándonos a ir al arrastre, con la indolencia del camalote, cómodamente, como si no nos fuera ya preciso, por deberes de dignidad y de conciencia, preparar una civilización propia, lo más propia posible. Todo esto nos hizo vivir por muchos años una vida refleja, casi efímera. Del ambiente, no guardábamos más contacto que el de «el hecho», y los valores tradicionales, que son su esencia espiritual y abolengo, yacían en el olvido, como valores de escaso monto, por no decir desdiables.

Algunas iniciativas y algunos esfuerzos, sostenidos por «el gaucho» ya sea rural o urbano, —pues para mí es tan gaucho el uno como el otro, siempre que tengan fe en las aptitudes de la raza americana y la consideren tan superior como la que más, y siempre que profesen cariño a su ambiente, y gratitud a sus próceres, — algunos empeñosos adalides de la tradición, que, inorgánicamente, y, por lo mismo, con mayores obstáculos, han venido bregando por mantener los rastros de la leyenda criolla, nos permitirán reconstruir al poema de América, y asentar sobre lo hondo de esa veta la civilización nuestra, la cual, frente a las enseñanzas de la experiencia mundial, y por más y mejor que se aproveche de ellas, podrá alcanzar todos los brillos, y todos los honores y eficiencias, sin dejar de ser la nuestra.

Este despertar de la conciencia autónoma tiene que alcanzar su plenitud, para que llegue al plano de las promesas incomparables de la fecundidad, y para que puedan palpase las efectividades insuperables de la misma. La famosa Cruz del Sur, que tantas cosas podría decirnos, de soberana poesía y de gran interés, viene a dar su nombre a esta revista encargada de fortalecer esa aspiración: ¡bienvenida sea! Pero, no olvidemos que nosotros, todos, estamos encargados de cuidar del arraigo y desarrollo de esa planta, que, por ser la nuestra, hemos de tratar de que alcance todas las frondosidades sanas, y todas las alturas honorables y auspiciosas.

No es con apartosidad, que hemos de hacer la obra de América: es con hechos, con ordenamientos, con obras, con obras juiciosas, efectivas, pro-

ductivas, progresivas, promisoras. No es tampoco con imitaciones inconsultas que hemos de colocarla en su mejor sitio frente al mundo, es con estudio, con trabajo y probidad, que es eficiencia. Demasiado oneroso es el mantenimiento de una administración, en días tan intensos y complejos, para que ésta no compense fructuosamente aquella carga, enorme, que pesa sobre el pueblo. El progreso urbano, por sí solo, no es progreso mientras se desatienda tanto cuanto hay que hacer por la campaña: fuente productora encargada de costearlo todo. Es prudente pensar que la juventud requiere ser preparada para tomar todos los senderos de la productividad, tan saludables y fecundos, y es menester acordarse de que la mujer, y, especialmente, la mujer rural, ha quedado rezagada y omitida, con tener sobre sí los destinos de la raza: como madre, como esposa, como organización capaz de contribuir a todos los ordenamientos y a todas las culturas, así como de producir en cualquier sector de la actividad general, y de cooperar a la más brillante y firme constructividad regional. No solo es unidad eficaz y utilizable, sino insustituible, la mujer, como elemento civilizador.

Hay que organizar, pues, y no por imitación, sino por educación. Sólo por medio de una conciencia autóctona, apta a compulsar los factores que contiene el ambiente, y a arbitrar los recursos más apropiados a la prosperidad positiva, complexiva y firme, sólidamente cimentada en las peculiaridades del medio, y en las aptitudes y modalidades de la raza, podremos afrontar esta fructuosa empresa seguros del resultado. Hasta que no hayamos aven-tado el sopor que nos abrumba, ni podremos percibir las bellezas de nuestro territorio y de nuestro cielo, ni la poesía de nuestra tradición, ni la grandeza de la misión nuestra, y quedarán estos bienes envidiables como quedan los filones preciosos inertes, yertos ante la torpe mirada del salvaje.

La Cruz del Sur ha de brillar más, tanto más cuanto más hayamos hecho por individualizar nuestra raza y nuestra región, y cuanto más adecuados y científicos sean los elementos con que nos individualicemos. Y hay que trabajar, trabajar a conciencia, con toda decisión.

Pedro FIGARI.

Mayo 1924.

ASPECTOS DE MONTEVIDEO



EL CORDÓN AL SUR Y LOS CAPUCHINOS.

(Linoleum de F. Lanau).

D E F I N I C I Ó N

La ciudad en que vivo es una gran aldea
con sus casitas chatas de techo de azotea
y su espíritu chato como su arquitectura.
En fin, que tiene el genio igual a la figura.
Sin embargo su vida no carece de encanto
el encanto de un sueño quieto, más no profundo,
al cual llegan afónicos los rumores del mundo...
Su ritmo es cadencioso, lento como el de un canto,
de cuna.

Pero aquí gira en tanto
la diabólica rueda de la fortuna.

EMILIO FRUGONI

POLITICA INTERNACIONAL

EL TRIUNFO DE LAS IZQUIERDAS EN FRANCIA

Se han realizado en Francia elecciones parlamentarias. Ya se conoce el resultado: triunfaron las izquierdas. El hecho, como se vé, es significativo y alentador. Significativo, por cuanto ello indica que el estado de catalepsia en que se encontraba la conciencia liberal del mundo, después de la guerra, tiende a desaparecer. Alentador, porque ese triunfo, agregado al resultado de las últimas elecciones inglesas, constituye una seria advertencia para los gobernantes de tendencias cesaristas, que, indudablemente, habrán de tener en cuenta. Aun cuando las derivaciones de la elección que comentamos quedaran reducidas a los dos aspectos morales señalados, el hecho sería siempre plausible. Creemos, sin embargo, que no será así. Felizmente, dadas las ideas y los hombres que caracterizan ese triunfo, cabe esperar resultados más trascendentales, y, sobre todo, más concretos para la orientación política y económica del mundo.

Una de las consecuencias inmediatas del triunfo izquierdista en Francia, consiste en la posibilidad de que se plantee una crisis presidencial. En rigor, el conflicto entre el Presidente Millerand y los partidos triunfantes en los últimos comicios, es un conflicto latente desde hace largo tiempo. El se remonta al momento mismo en que fué electo Presidente de la República. Las izquierdas no han olvidado nunca que Millerand, más que el Presidente de la República Francesa, ha sido el presidente electo por la Cámara del Block Nacional. Siendo así a nadie extrañará la noticia de que ciertos grupos políticos impongan, como condición preliminar, para hacerse cargo del gobierno, su renuncia de la presidencia. Es una consecuencia lógica de la nueva situación creada por el resultado de las elecciones. Dicho con más propiedad: es una consecuencia lógica de la actitud de Millerand desde la presidencia de la República, tomando partido, en todas las circunstancias, contra los parlamentarios y grupos de tendencias izquierdistas. Notorio, y bien notorio, por cierto, es su propósito de reforma constitucional en el sentido de dar a la presidencia una serie de prerrogativas, que, de ser aceptadas, equivaldrían a anular la eficacia del Parlamento. Tan audaz ha parecido este propósito en los círculos políticos franceses, que ni siquiera la Cámara del Block Nacional lo quiso tomar en cuenta, aunque él, como es natural, estaba destinado a perpetuar su reinado. Pero, si bien ha fracasado en este primer intento, no por eso ha cejado en su tendencia absorbente. Jamás Presidente de la República Francesa ha tenido una ingerencia tan acentuada en los destinos políticos de su país. Especialmente en lo que se refiere a política exterior, su influencia ha sido manifiesta. En este sentido, casi todos los gobiernos que se han sucedido desde su ascensión al Eliseo, gobernaron a su dictado. El único gobernante que, posiblemente no lo hizo, fué Briand. Por eso se le llamó de Cannes y se le impuso la renuncia. Dicha

renuncia, obtenida a espaldas del Parlamento, fué el premio de una independencia y el castigo de una rebeldía. Las consecuencias de aquella crisis son bien conocidas. El mundo las sufre actualmente y continuará sufriendolas por mucho tiempo. Es, pues, ocioso hablar de ellas.

En política interior ha querido también imponer soluciones. Abierta ha sido su oposición a la reforma de la ley electoral, y tan obstinada, que no ha trepidado en amenazar a la Cámara con plantear una crisis presidencial si ésta aprobaba la reforma. Estas amenazas las ha reiterado en distintas ocasiones, especialmente después de la arremetida llevada contra las izquierdas en su célebre discurso de Clermont-Ferrand. Como se vé, todos estos antecedentes, colocan a Millerand en una situación comprometida. ¿Renunciará? ¿Lo harán renunciar? Nos inclinamos a creer que no. La política, en general, se nutre de maquiavelismos, y es bien sabido que la doctrina del sagaz florentino tiene una explicación adecuada para cada caso. Con la ayuda de tan ingeniosa doctrina, se pueden justificar, en política, las más contradictorias actitudes.

Sea ello lo que quiera, de lo que no hay duda, dada la composición de la nueva Cámara, es de que Millerand, de lo que podríamos llamar Presidente «activo», pasará a ser un Presidente «pasivo», con lo cual se habrán desvanecido sus veleidosos sueños autocráticos, que en Francia, más que en ningún otro pueblo, están fuera de tiempo y lugar.

La orientación del nuevo gobierno francés en lo referente a política exterior ha de ser, indiscutiblemente, mucho más dúctil que la de Mr. Poincaré. Abonan esta esperanza los antecedentes de los hombres más indicados para formar ministerio. Las opiniones de Herriot y Painlevé a este respecto, no son un misterio para nadie. Las relaciones de Francia con sus antiguos aliados, especialmente con Inglaterra, habrán de mejorarse notablemente. Y si las fuerzas liberales de Alemania alcanzaran a comprender el verdadero significado del triunfo de las izquierdas francesas, y se pusieran a tono con las justas exigencias del pueblo que tan duramente sufrió las consecuencias de la guerra, no sería difícil que se llegara a este resultado: al afianzamiento de la democracia alemana tan cruelmente castigada por la reacción monárquica y a una leal y amistosa solución del problema de las reparaciones. Si se consiguiera esto se habría dado un gran paso para afianzar la paz del mundo, tan seriamente comprometida, hasta hoy, por las fuerzas ciegas de la reacción.

Esperemos que así suceda para bien de la humanidad y castigo de traficantes.

J. L. MORENZA.

Montevideo, 23/5/1924.

artistas de la palabra hablada, no oradores, sino conversadores simplemente, cuya misión parece que fuera la de hacer gratas las horas que se pasan en compañía. Lasso era en eso un artista completo. Quien lea los libros que ha dejado, quien tenga la paciencia de buscar lo mejor de su obra que fueron los «salpicones» que durante varios años publicó casi diariamente en «El Día», podrá tener hasta cierto punto una idea de lo que fueron su espontaneidad, su gracejo, su cultura extraordinaria, su sátira acerada y temible. Pero de lo que no podrá tener idea quien no lo conoció es de la bondad de su corazón abierto a todas las desdichas, de su altruismo, de su amor al hombre al que deseaba ver libre de todas las cadenas, especialmente de las más infamantes que son las que traban el libre pensamiento. Con sus campa-

ñas mortíferas, que no tenían contestación porque no había en campo contrario un hombre ni de lejos comparable a él, le valieron odios nunca apaciguados ni desmentidos de esas clases de la sociedad que lucran o prosperan con la ignorancia y la superstición de las multitudes. Pero eso era insignificante ante el prestigio que Lasso había conquistado entre el pueblo que lo adoraba. No iba a ninguna parte en Montevideo donde no se le admirara, donde no se le quisiera. Yo tuve que presenciar muchas veces escenas verdaderamente emocionantes, provocadas por la simpatía popular, que en ciertos momentos rodeaba la cabeza de aquel hombre con una aureola de luz que la destacaba como la cabeza de los santos en los cuadros italianos y españoles.

Alberto LASPLACES.

ACTUALIDAD EXTRANJERA

POLITICA ITALIANA — EL FASCISMO

Los acontecimientos desarrollados últimamente en Italia han venido a dar, de nuevo, actualidad al fascismo. Aprovechemos, pues, esa circunstancia para dedicarle, lo más objetivamente posible, algunos comentarios. Y, al hacerlo, sigamos un orden cronológico a fin de que el lector pueda darse una idea perfecta de lo que ese extraño movimiento significa en la evolución política y social del pueblo italiano.

Primeras manifestaciones del fascismo. — Carácter con que ellas se presentan.

El «fascismo», hoy célebre por sus tendencias y realizaciones eminentemente autoeráticas y tiránicas, no fué, en su iniciación, ni conservador ni burgués. Esta característica la adquirió más adelante. Las primeras manifestaciones del fascismo se producen durante el período álgido de la neutralidad en el año 1915. En esa fecha surgieron en los medios revolucionarios y socialistas ciertos núcleos denominados «Fasci d'azione rivoluzionaria», cuyo propósito confesado era trabajar para que Italia entrara en la guerra al lado de los aliados, «no como una necesidad militar—al decir de Grandi, diputado fascista—, sino como la «más alta realización revolucionaria», como una «mística» palingenesia nacional y humana». Los «Fasci di combattimento», surgidos más tarde, y que constituyeron algo así como el embrión del fascismo actual, conservaron, en su período inicial, el carácter revolucionario de los «Fasci d'azione», pues, como éstos, estaban integrados por socialistas, sindicalistas y anarquistas, que se habían caracterizado por su actividad favorable a la entrada de Italia en la guerra.

Nueva faz del movimiento. — Su transformación en partido político

Terminada la guerra, todos estos elementos, por la fuerza misma de las circunstancias, se ven obligados a proseguir la obra que habían comenzado. Son impelidos a ello por una razón de legítima defensa. El socialismo neutralista denunciados como traidores y preséntalos, ante el proletariado, enfurecido por largos años de sufrimiento, como cómplices del dolor y los estragos que la sangrienta hecatombe dejaba tras de sí. Ellos reaccionan contra estos ataques. Y, de acuerdo con el concepto político que se habían formado de su propia obra, tratan de demostrar que ésta era y había sido revolucionaria y antimilitarista. Con este fin, fundan los «Fasci di combattimento».

Esta nueva faz del fascismo se hace ostensible al público en el mes de Marzo de 1919. En esta época celebran su primera reunión. Comprendiendo, sin duda, la necesidad de dar forma orgánica

a un movimiento que, hasta entonces, no había tenido más que un carácter esporádico, deliberan sobre ello el día 23 del mes citado, y, de tal deliberación, realizada en Milán, puede afirmarse que surge el partido que, más tarde, en virtud de circunstancias políticas entonces no previstas, será el dueño de los destinos de Italia. En esa reunión se elabora el programa de acción a desarrollar. Es un programa que, como el fascismo, queriendo ser claro y simple, resulta profundamente paradójico. Estaba concretado en estas tres proposiciones, cuyo espíritu, como se ve, es esencialmente contradictorio: «1.º, defender los intereses de los humildes; 2.º, combatir, electoralmente, a los antiguos neutralistas, y, 3.º, oponerse a toda política imperialista, tanto italiana como extranjera.»

Conociendo, como se conoce, la calidad y el carácter de los hombres y los partidos que antes, y durante la guerra, habían combatido la intervención de Italia en la contienda europea, no hay necesidad de sutilizar mucho para comprender que la segunda cláusula del programa enunciado, excluida, en absoluto, las otras dos. El partido fascista entraba, pues, en la liza política con el propósito definido de luchar contra todos aquellos que, por tener un concepto más elevado de la vida y el progreso humanos, habían combatido la guerra y continuaban combatiendo a los que, con su prédica y con sus actitudes, habían contribuido a desencadenarla. Esta sola circunstancia bastaría para caracterizar este movimiento como algo eminentemente reaccionario. Sin embargo, personas muy significadas del fascismo, sostienen lo contrario. Gorgolino, en un libro publicado bajo el título «Il fascismo nella vitta italiana», y que lleva un prólogo de Mussolini, dice lo siguiente: «El «fascismo», repetámoslo, no puede estar, no está ni estará jamás con la burguesía. El fascismo, intérprete de la mayoría sana del pueblo de las trincheras, del sacrificio y del trabajo, no puede tolerar más el predominio de la burguesía conservadora.» Esto no obstante, el «fascismo», a medida que transcurre el tiempo, a medida que su lucha con los otros partidos se hace más ardiente, a medida, en fin, que se va polarizando, vuélvese cada vez más conservador y, al calor de una sospechosa tolerancia gubernamental y aprovechando un momento psicológico especial en la historia del mundo (1), se con-

(1) No olvidemos que en los años 1919 y 1920 es cuando el reflejo de los acontecimientos rusos ejerce, sobre la mentalidad simplista de todo el mundo obrero, una especie de sugestión revolucionaria, que crea momentos de verdadera incertidumbre. En Italia, por razones económicas creadas por la guerra, y, quizás también, por razones sentimentales y climáticas, esta sugestión se traduce en hechos que adquieren contornos peligrosos para las clases acomodadas. En estas circunstancias el «fascismo revolucionario», por especulación política, se convierte en guardián del orden, captándose, así, las simpatías de la reacción.

vierte en instrumento dócil de la más baja y desenfrenada reacción contra todas las fuerzas democráticas del país. Inicia, entonces, una era de violencia, y, desde los católicos capitaneados por Don Sturzo, hasta los émulos más o menos rojos de Lenin, todos han sabido de lo que era capaz la furia de sus audaces centuriones.

Composición social y orgánica del fascismo

Para comprender cómo y por qué el partido fascista, que en su origen se vanagloria de ser antiburgués y revolucionario, se transforma, en el curso de su lucha con el socialismo, en partido antidemocrático y extrañamente favorable a un régimen absolutista y dictatorial, es necesario conocer su composición social. La presencia, en el fascismo, de personas de alta graduación en el ejército, como, asimismo, la de altas personalidades de la banca y de la industria, constituye un hecho sumamente elocuente y sugestivo (2). Refiriéndose a la composición social del fascismo en el período de las expediciones punitivas, Zerboglio, ex socialista convertido en fascista, dice: «He podido observar personalmente que, en el fascismo, predominan los estudiantes, ex oficiales y suboficiales del ejército, soldados, profesionales, pequeños negociantes, agricultores y «algunos» operarios; muchos idealistas; jóvenes audaces y personas de temperamento ávido de emociones, para quienes el fascismo es una especie de sport. Hay también burgueses que defienden su propia posición». Y el mismo escritor, tratando del mismo asunto, cita la siguiente descripción de Zibordi, reconociéndola rigurosamente exacta: «Del «fascismo» forman parte, por un lado, profesionales de la violencia, militares, y «bravos» tomados sin escrúpulos de los bajos fondos, y, por otro, jóvenes llenos de fanatismo, románticos, que toman el «fascismo» como un deporte. Hay intelectuales pobres e intelectuales ricos; los primeros, por instinto económico y por sentimiento; los segundos, por hostilidad y desden estético hacia el proletariado extremista.» Como se vé, teniendo en cuenta la calidad de los elementos que integran el «fascismo» en su nueva etapa, resulta fácil explicar su carácter antidemocrático.

La composición orgánica del fascismo no es menos interesante. Ella da idea de la habilidad consumada de sus organizadores. El «fascismo», considerado como un todo, comporta tres órganos diferentes: el partido, la escuadra de acción y la corporación gremial. El partido es el organismo político, el Estado Mayor del «fascismo»; la escuadra es la organización militar, armada, con jefes jerárquicos a los cuales se les debe obediencia absoluta y en la que cualquier indisciplina se castiga con penas severísimas; la corporación gremial es una organización destinada a romper huelgas, y, de este modo, hacer ineficaz la acción de los sindicatos obreros auténticos. Con una composición social tan heterogénea y una organización tan hábil y minuciosamente planeada, no es difícil en trance de acción violenta, llegar a los mayores excesos con la mayor suma de resultados benéficos. Sobre todo, si esta acción se efectúa en medio de la más absoluta impunidad, como acontecía entonces en Italia.

La violencia elevada a la categoría de un sistema

El fascismo, en el momento inicial de sus grandes actividades, entiende que la violencia puede serle útil y la practica. Pero no lo hace, como podría suponerse, de un modo accidental. Al contrario, teniendo la intuición de que la violencia puede, en ciertos casos, torcer el curso normal

(2) El estudio circunstanciado de este fenómeno, quizá nos explicara, en forma terminante, de dónde sañan los recursos financieros con que el fascismo atendía los enormes gastos que efectuaba en su período pre gubernamental.

de la evolución política, la practica friamente, sistemáticamente, organizada de acuerdo con principios científico-militares bien determinados. Tal es la enseñanza que se desprende de las célebres expediciones punitivas llevadas a cabo por sus «escuadras» de combate o de acción.

Como es natural, en tren de actividades violentas no tardan en producirse excesos. Estos adquieren caracteres horribles. Se hace de todo con tal de humillar y vencer al enemigo. Desde el acceite de ricino, hasta el secuestro, el apaleamiento y la muerte, todos los medios son buenos. Para que nuestras afirmaciones no parezcan exajeradas vamos a extraer el relato que de los hechos hacen los mismos fascistas. He aquí cómo pintan la situación: «El «fascismo» ha llevado a cabo una cantidad de actos de extrema violencia, batiéndose con un enemigo indefenso, destruyendo e incendiando Cámaras de Trabajo, locales y círculos subversivos, banderas y emblemas, organizando expediciones punitivas y humillando propagandistas, consejeros y diputados.» Ad. Zerboglio («Il fascismo - 1922, p. 9»). Y más adelante afirma: «El «fascismo», ciertamente, se ha extralimitado.»

El diputado Grandi, cuya influencia dentro del «fascismo» es conocida, observa: «Las expediciones punitivas se han convertido aquí y allá en un inconsulto y coreográfico exceso de violencia injustificada.» («Le origini e la missione del fascismo», 1922, p. 60). Y Gorgolino, escritor que es algo así como el comentador oficial del «fascismo», no sabemos, si como reproche o como jactancia, escribe: «La ley del Talió, bárbara, anacrónica, salvaje, inhumano vestigio medioeval, imperó en la península por voluntad fascista.» («Il fascismo nella vita italiana», p. 11).

Después de este relato huelga todo otro comentario. Lo dicho caracteriza, perfectamente bien, la historia del fascismo, hasta el momento en que asumió el poder. Lo que sucedió después es bien conocido: se estableció la dictadura «fascista» respaldada por una guardia pretoriana de quinientos mil «camisas negras», armados hasta los dientes y con atribuciones para realizar funciones de vigilancia y policía civil. En ciertos casos, su acción es útil; en otros es repugnante: esos quinientos mil milicianos, por sentimiento partidista o por perversidad moral, son quinientos mil esbirros que espían, denuncian y castigan toda crítica o acción ciudadana que vaya contra el «fascismo». Agreguemos a esto las bandas de foragidos que, previo pago, y creyéndose al abrigo de la protección oficial, se dedican a la vil tarea del asesinato, como lo demuestra el caso Matteotti, y el lúgubre cuadro de la política «fascista» quedará perfectamente delineado.

Fin del fascismo

La situación actual de Italia no puede continuar. En ese pueblo, como en todos, existe el sentido inmanente de la libertad y de la justicia que tiene, forzosamente, que rebelarse. Tal rebelión, que parece haberse iniciado ya, ante la trágica muerte de Matteotti, señalará la crisis del «poderío fascista». Con ella se iniciará su fin. Es natural que así suceda. En el grado de civilización alcanzado por la humanidad es absurdo que nadie se atribuya el derecho de atropellarlo e imponerle todo. Hacerlo es exponerse a un fin como el de Zeus, tirano del Olimpo, quien, según Esquilo, después de encadenar a Prometeo, ve que éste se liberta y le infringe la más desastrosa y trágica de las derrotas políticas.

Al fascismo le acontecerá lo mismo. Y cuando esto suceda, se verá cómo ese movimiento, que tanto ha subyugado la atávica mentalidad de las clases conservadoras de todo el mundo, no ha constituido, en la historia de Italia, otra cosa que una transitoria y monstruosa mistificación política.

J. L. MORENZA.



Linoleum por FEDERICO LANAU

E L O M B U



Linoleum de F. LANAU

E L O M B Ú

En la mitad del campo como un pulmón respira
la ancha fuerza del aire puro de las campañas,
y sus grandes ramajes, de una orgullosa altura,
desafían el hacha terrible de los vientos.
Como una antigua orilla del mar, vierte la música
cuando los huracanes castigan su hermosura,
y así se está en el campo de largas soledades
irguiendo la potencia de su ser y sus cantos.
De sus ebrias raíces que horadan las entrañas
poderosas de vida, de misterio y silencio
en lo hondo y sagrado de la tierra, le nacen
los más ágiles ríos de actividad y goce.
Todo él va creciendo con un ímpetu ardiente
que arranca de las locas primaveras del astro.
Por momentos parece que oculta un Dios de vida,
y de amor, y de abrazos, que se agita encendido
de sed entre sus ramas, en un tremendo anhelo
de hablarles a los pájaros que habitan en sus hojas,
o de darse a los hombres que dejan los caminos
de sol, para acostarse entre las frescas sombras.
Tiene no sé qué extraño vínculo de ternura
y de fuerza, donde une lo violento a lo suave.
Parece el gran abuelo de las cosas tranquilas.
Poderoso y enérgico, cuando lo quiebra el rayo
de Dios, más rudamente quiere vivir, y brota
de las negras heridas fuertes y alegres ramas.
De noche, las raíces, el tronco y los ramajes
sumerjen los latidos en las vastas tinieblas,
y mientras dan la vuelta las estrellas divinas,
él parece estirarse hasta hundir en el cielo
un anhelante brazo que roza los abismos.
Cantan sobre su cúpula los astros de la sombra
y en las celestes voces baña su grave espíritu.
Ocupa un solo punto de soledad. Aislado
y poderoso, ostenta no se sabe que arcana
y serena, y antigua sabiduría. Es bueno.
Toda su fuerza es pura, es sencilla, es tranquila.
Muestra el arranque áspero de sus turbias raíces.
Bebe luz, aire y agua. Sólo da sombra y música.
Jamás el hombre supo utilizarlo en nada.
No vierte miel ni tiene madera resistentes.
Sólo es bueno y enorme. Y en la mitad del campo,
Sobre todas las cosas impone la Belleza!

C A R L O S S Á B A T E R C A S T Y

EL NATIVISMO

La tendencia literaria que se ha convenido en llamar *nativismo* aceptando la definición de Ricardo Rojas, su más esforzado propagandista,—pero cuya denominación más estricta es tradicionalismo—ha cumplido ya su misión, en el movimiento evolutivo de la Lirica platense. Su hora de callar ha sonado.

Breve ha sido su ciclo, por que nació tardíamente, cuando ya los elementos de su vida se marchitaban en la caducidad fatal de su otoño, y el sol que alumbró su ancho dominio, se había ocultado ya tras el horizonte de los tiempos.

La poesía tradicionalista ha sido una poesía de ocaso, una poesía casi póstuma. Se levantó en la hora crepuscular, para cantar la melancolía del pasado.

Todos sus temas de inspiración—ombúes, guitarras, gauchos, ranchos, carretas, pericones, pulperías, potros, vinchas, lanzas, y entreveros—habían pasado ya a la historia, realizados por la evolución de la vida nacional, en su proceso de transformación cosmopolita.

Cuando, hace apenas un lustro, publicamos nuestra «Crítica de la Literatura Uruguaya», la poesía nativista, o tradicionalista, no existía en el Uruguay, fuera de los poetas gauchescos que remedaban, flojamente, la manera popular de antaño, componiendo décimas de Domingo. Solo un poeta de corte gauchesco levantaba su voz por encima de ese amaneramiento trivial, y sus versos, de honda y fuerte contextura, perduran y perdurarán, por su virtualidad lírica: el Viejo Pancho. Pero el Viejo Pancho es—por su lenguaje—un poeta de carácter genuinamente gauchesco. Y lo que entonces reclamábamos en nuestra «Crítica» era la nacionalización de la poesía culta.

La poesía vivía entonces, en el Uruguay, en pleno exotismo. Apartada de la realidad americana, buscaba sus motivos y sus modelos en la poesía europea, siendo un reflejo de la cultura literaria. Tal modalidad la desarraigaba y la hacía espuria. Requeríase, pues, una reacción que volviera la poesía hacia sus fuentes naturales y originales: la realidad americana.

A la devoción imitativa de lo extranjero había que oponer el sentimiento autonómico de lo nativo. Era un movimiento de emancipación literaria.

La reacción se operó; la emancipación fué, luego, un hecho. Los tiempos estaban maduros para ello. Los poetas jóvenes, volvieron sus ojos a la realidad nacional. Y, al volver a ella sus ojos, vieron aquello que, por contraste con lo europeo, era más genuinamente americano: lo gauchesco. Y los temas tradicionales llenaron entonces la poesía. La lírica de los modernos cantó la melancolía de todas aquellas cosas que, poseyendo tan

honda poesía, no había sido cantado hasta entonces por los predecesores que, encerrados en su ensueño extranjero, la desdeñaron, cuando aun palpataba con frecuencia vital.

Muchos fueron los llamados, pero solo uno el elegido. De ese ciclo tradicionalista solo quedan, como valor definitivo, los Poemas Nativos de Fernán Silva Valdes. (1). Lo demás, aun destinado a desvanecerse luego en la penumbra de lo pristeneo, no habrá sido, empero, inútil. Ese esfuerzo múltiple, ha constituido una fuerza transformadora del ambiente lírico. Todas las revoluciones requieren esa fuerza colectiva.

Más, cumplida ya su misión, el tradicionalismo debe a su vez, pasar. Hora es ya de que pase, para dar lugar a un americanismo lírico más acorde con el imperativo de la vida. Empeñarse en continuarlo, sería caer en un anacronismo. Persistir en él, es colocarse en una posición falsa, y semejante—aun que en sentido inverso—a aquella de los exotistas de antes.

La sensibilidad de nuestros días se nutre ya de realidades; idealidades distintas. El ambiente platense ha dejado, definitivamente, de ser gauchesco; y todo lo gauchesco—después de arrinconarse en los más huraños pagos—va pasando al culto silencioso de los museos. La vida rural del Uruguay está toda transformada en sus costumbres y en sus caracteres, por el avance del cosmopolitismo urbano. La ciudad, órgano de la civilización en América, ha ido extendiendo su influencia en los campos, e infiltrando sus elementos hasta transformar la antigua vida pastoril—de tan fuerte carácter—en un difuso arrabal ciudadano. Hasta el caballo, símbolo de la vida gaucha, ha pasado a un plano secundario; y ahora los *Fords* cabalgan por los caminos y serpentean por las colinas pecuarias.

Una poesía campera es, ciertamente, posible en el Plata, pero no la tradicional, ya inactual y regresiva. La poesía tradicionalista no puede mantenerse, so pena de caer en lo convencional y amanerado. Por otra parte, sus motivos están ya virtual y formalmente agotados, y corre peligro de repetición. Ya se está repitiendo signo inequívoco de agotamiento.

Basta ya, pues de nativismo. Ha sonado la hora de nuevas inspiraciones líricas en las que fermenta el espíritu del devenir, que es el sentido de la vida americana.

ALBERTO ZUM FELDE.

(1) Una noche del 1921—poco antes de aparecer «Agua del Tiempo»—nos paró, en medio de una plaza de Montevideo, Fernán Silva Valdes, a quien, hasta ese instante no conocíamos. «Yo soy—nos dijo—el poeta que Vd. reclama en su Crítica». Y era, nomás...

SOBRE LATINO-AMERICANISMO

OPINIONES DEL Dr. ORZÁBAL QUINTANA

Aprovechando la circunstancia de encontrarse en Montevideo uno de los más activos propagandistas de latino-americanismo, el Dr. Orzábal Quintana, la dirección de esta Revista ha creído oportuno entrevistarse con él y consultar su opinión sobre el particular, mediante el cuestionario que se verá más adelante y, en el cual está latente el criterio de *La Cruz del Sur* sobre el problema que lo determina.

He aquí el cuestionario y las respuestas:

— ¿Que opinión tiene Vd. de los actuales acontecimientos de Méjico y Nicaragua?

— Mi opinión es que la política violenta de Coolidge y Kellogg, desprovista de la hipocresía que caracterizaba al imperialismo wilsoniano, ha tenido la virtud de obrar sobre la conciencia de nuestra América a modo de implacable fusta, que lacerando nuestra dignidad soberana, ha obligado a nuestros pueblos a estrecharse en un abrazo de solidaridad y a erguirse, rebeldes, en un gesto de defensa. Gracias a esos imperialistas sin careta, el panamericanismo, movimiento que hasta ahora sólo ha favorecido los propósitos expansivos de la Casa Blanca, entra en su período agónico; de hoy en adelante nuestros pueblos verán crecer el sentimiento de su unidad, el nacionalismo continental que hará de todos nosotros una sola gran patria.

— ¿No le parece a Vd. que es hora de terminar con los aparatosos y estériles latino o hispano-americanismos líricos y de organizar una acción seria y eficaz de dentro afuera y no de afuera adentro como se pretende?

— De acuerdo en absoluto con lo substancial de la pregunta. Hay que presentar a las masas un programa de política continental libertadora, con principios intergiversables y reivindicaciones concretas, y todos los gobiernos que, oponiéndose a ese programa de « irredentismo » latinoamericano, demuestren estar de hecho con el imperialismo extranjero, deberán ser objeto de una oposición sistemática e implacable.

— ¿Cuáles serían, a su juicio, los medios naturales de defensa a que deben echar mano nuestras naciones para detener el avance del capitalismo norteamericano?

— Creo que, ante todo, debe de adaptarse la legislación a la necesidad de impedir que nuestras fuentes de riqueza — tierras, subsuelo y aguas — se conviertan en propiedad extranjera. Méjico nos ha dado el ejemplo. Débese, en segundo lugar, obtener la revisión de todo contrato de empréstito o concesión que deprima la soberanía de cualquiera de nuestros pueblos, y no contratar empréstitos que no tengan propósitos reproductivos. Por último, hay que evitar la rivalidad armamentista y todo cuanto pueda conducirnos a una guerra fratricida, ya que semejante desenlace nos transformaría en verdadera colonia del capitalismo yanqui: véase el ejemplo de Europa con el plan « Dawes » y las deudas interaliadas.

— ¿No cree Vd. que la acción conjunta de los intelectuales y los obreros de nuestras naciones es la que puede ofrecer mayores garantías de éxito en una lucha de esa clase?

— A esto debo contestar que, en principio, la lucha debe hacerse por medio de un frente único sin prejuicios ni distinción de clase; debe crearse un movimiento continental de carácter genuinamente nacionalista. Más no es menos cierto que las clases dirigentes suelen tener complicidad con el imperialismo extranjero, y que, cuando tal cosa se manifieste en forma clara, la salvación de nuestras nacionalidades será la consecuencia de un movimiento proletario en estrecha solidaridad con los intelectuales nacionalistas: el caso actual de China puede llegar a ser, « mutatis mutandis », el caso de nuestra América.

* * *

Como podrán apreciar los lectores de *La Cruz*, las contestaciones del Dr. Orzábal Quintana son categóricas. En general, entre lo que él dice y lo que nosotros pensamos, existe mucha concordancia. Esa concordancia no es, sin embargo, absoluta. La razón es sencilla. Entre las opiniones del Dr. Orzábal Quintana y el concepto que esta Revista tiene del latino-americanismo, considerado como antítesis, contraposición u órgano político defensivo frente al imperialismo, hay algunas diferencias de apreciación que quizá se deban a que nosotros no hemos comprendido bien el sentido de algunas de sus ideas.

Su idea del *nacionalismo continental*, que hará de nosotros una sola gran patria nos resulta algo oscura. Suponemos que se trata de un super-nacionalismo, cuyo contenido ideológico y político ha de acomodarse y aún sobrepasar, las necesidades del actual momento histórico. En una palabra, creemos que se trata de un nacionalismo viril, consciente del deber de defender, sea como sea, los principios del derecho y la libertad, considerada esta libertad y aquél derecho en el moderno sentido revolucionario y no en el sentido casuístico y retrógrado que le atribuyen los *grandes* jurisconsultos al uso. (1) Esto es, naturalmente, lo que nosotros pensamos y no lo que concretamente nos dice el Dr. Orzábal Quintana. Bueno sería, pues, que aclarara su pensamiento a este respecto.

Para ello, si lo estima pertinente, quedan abiertas las columnas de esta Revista.

Hechas las observaciones que anteceden, que de ningún modo significan un desacuerdo fundamental, solo nos resta aplaudir la labor del propagandista simpático e inteligente.

J. L. M.

(1) Al decir *grandes* jurisconsultos al uso, aludimos a esos señores que sienten la necesidad de reunirse en Congresos Jurídicos, para pronunciar una serie de discursos más o menos académicos; pero completamente aodinios.

NOTAS Y COMENTARIOS

ESTADOS UNIDOS Y NICARAGUA

El grupo de «La Cruz del Sur» no debía ni podía permanecer indiferente ante la violación del territorio de Nicaragua por parte de Estados Unidos de Norteamérica. En consecuencia tomó la iniciativa y encabezó la protesta pública que se organizó en Montevideo solicitando la adhesión de las asociaciones culturales de nuestra ciudad, que respondieron inmediatamente a su llamado. Así se pudo redactar un vibrante manifiesto que transcribieron los diarios y fué pegado en las esquinas y se participó en una conferencia que obtuvo clamoroso éxito, efectuada en el Ateneo y en la que llevó nuestra palabra y nuestra doctrina uno de nuestros directores: Alberto Lasplacas. El tiempo ha transcurrido y como el gobierno imperialista yankee insiste en el atentado apesar de las protestas que su fechoría ha provocado de parte de todas las conciencias honradas, comenzando por las producidas en su propio país, insistiremos también nosotros y seguiremos poniendo nuestro grano de arena en la gran obra de solidarización de los pueblos americanos que es de tan urgente realización, y encaminada a impedir que los plutócratas del Norte reduzcan el suelo libre de las repúblicas centro-americanas, antillanas y aún sudamericanas, a un innoble vasallaje.

« LA GACETA LITERARIA »

Suelto aparte dedicamos y se lo merece, a este semanario ibero-americano de letras, arte y ciencia, que se edita en Madrid y cuyos primeros números han llegado a nuestra mesa de trabajo. Están a su frente dos espíritus selectos, capitanes de vanguardia en el actual momento español: E. Giménez Caballero como Director y Guillermo de Torre en la Secretaría. Hay que saludar al nuevo periódico que tan gallardamente viene a hacer compañía a «Les nouvelles littéraires» «La fiera literaria», «Martín Fierro» y otros por el estilo. Gracias a ellos los lectores de buen gusto por un precio accesible a todos, pueden ponerse en contacto con los mas altos espíritus de nuestra generación y librarse de la horripilante literatura tutankamonesca que algunos traperos ofrecen al público desde los diarios. Acompañan a Giménez Caballero y a Guillermo de Torre en la redacción de «La Gaceta Literaria» los siguientes escritores: Ramón Gómez de la Serna, Pedro Sainz Rodríguez, Antonio Marichalar, José Moreno Villa, José Bergamín, Antonio Espina, Melchor Fernández Almagro, Benjamín Yarnés, Enrique Lafuente, Juan Chabás y M. Arconada, en la sección Li-

teratura; F. G. Vela, T. R. Bachiller, M. A. Catalán, Y. Pérez de Barradas, A. Alonso, R. Urgoiti, C. Arniches, en la sección Ciencias; J. de Zugazagoitia, Edgar Naville, en secciones especiales; y G. García Maroto, Vazquez Díaz, Barradas, Bores, Bagaría, Bartolozzi, Tejada, Salazar y Bon, como dibujantes.

Han sido designados colaboradores de «La Gaceta Literaria» entre nosotros, los señores Alberto Lasplacas, Y. Pereda Valdés, José Mora Cuarnido, Alvaro y Gervasio Guillot Muñoz, Pedro L. Echeche, Juan M. Filartigas y Fernán Silva Valdés.

EDITORIAL « LA CRUZ DEL SUR »

DOS LIBROS NUEVOS

Junto con el presente número aparecerán dos libros nuevos de nuestra editorial, uno en verso y otro en prosa, de nuestros queridos compañeros Alfredo M. Perreiro y Juan M. Filartigas: «El hombre que se comió un autobus», y «La Cruz del Sur». Perreiro es un poeta dinámico, inesperado y humorista, loco por el vértigo de la velocidad y que no siente su pituitaria satisfecha sino entre las emanaciones, del «tres en uno» o de la «etiqueta verde» o «amarilla». Su volumen va a provocar indignaciones cómicas y careajadas trágicas entre los plácidos transeúntes de nuestras calles entre los cuales muchos van a resultar atropellados y maltrechos por las andanzas de su máquina volante. René Magariños, Mendez Magariños, Forest y señorita de Padilla, lo acompañan con dibujos muy en consonancia con el texto, en los que describen el disparatado raid de nuestro poeta con no menos sugestivos y estupofacientes virajes gráficos. Filartigas temperamento estudioso y entusiasta, nos da a su vez interesantes sugerencias sobre cuatro artistas nacidos en el Uruguay que han conquistado la gloria en Francia, lo cual es lógico porque en el Uruguay es imposible que un artista obtenga gloria alguna. Son ellos tres poetas y un pintor: Julio Supervielle, el Conde de Lautreaumont, Jules Laforgue y Pedro Figari. En su estilo vibrante, lleno de imágenes, Filartigas nos hablará de esos selectos espíritus que honran a nuestra colectividad mucho mas de lo que nuestra colectividad se merece. Este libro se titulará «La Cruz del Sur».

Nos ocuparemos de «El hombre que se comió un autobus» y de «La Cruz del Sur» como es debido en el próximo número. Entre tanto al pie de los cañones que encierran dichos proyectiles están los artilleros prontos. Veremos el tendal que dejan.

A MODO DE ACLARACIÓN

LO QUE ES NUESTRA REVISTA

En calidad de revista de estética contemporánea, LA CRUZ DEL SUR permanece libre de rutinas de entre-rejas y al margen de los mandamientos de la enseñanza oficial. No ha transijido nunca con academias ni academismos, no ha tenido nada que ver con la fabricación periodística, no se ha dejado contaminar por la disciplina inferior y la prudencia conservadora y retórica de la Universidad caduca.

Frente a la agitación estéril de los empresarios de exhibiciones, de los voceadores megalómanos y de los pseudo demotadores, LA CRUZ DEL SUR se organizó en un sitio al que no llega ni el Oriente fabricado por los turistas, ni la escenografía rastacuera, ni la parodia de cultura libre hecha por siervos tropicales. En seguida la revista, se afirmó en la dirección que había elegido, lejos de las paradas del nacionalismo que sueña con soldaditos de plomo, banderas y penachos, lejos del obscurantismo solapado y llevado por hombres librescos que han hecho la censura por medio del sabotaje.

En contra de la vulgaridad con traje nuevo, de lo que pretende ser inédito y del modernismo falso y externo, LA CRUZ DEL SUR no tiene miedo del lugar común, y por eso se ha propuesto una revisión de valores. Se ha hablado demasiado y con ostentación de la revisión de valores, y ésta ha llevado a veces a barullentas soluciones de cobardía que serían divertidas en un sainete de feria. En la revisión de valores, LA CRUZ DEL SUR va a emplear otro método de crítica: va a prescindir definitivamente del raquítico criterio universitario y va a ladear a los que creen tener adentro la estética nueva y no son, en el fondo, más que romanticos perfumados con nafta, parrasianos de chiripá de sastrería y simbolistas anémicos que se asustan del ring, de la usina y del aire libre.

LA CRUZ DEL SUR es una revista de tendencia definida. Las posturas ambiguas y la neutralidad se dejan para uso de los que gustan la comodidad casera y en "pantuflos". En todas las épocas hay momentos decisivos en los que la neutralidad es absurda. El segundo cuarto del siglo XX está empeñado en una aventura en donde hay que golpear fuerte y cazar con fusil de repetición automática, para no perderse entre el rebaño de linfáticos embotados que viven de rentas. La tolerancia del siglo XVIII no sirve más que en tiempo de paz. A partir de 1900. todo el mundo sabe que para medirse con un fanatismo hay que soltar otro fanatismo igualmente fuerte y de signo contrario. Esto es un hecho de experiencia. Permanecer neutral cuando el enemigo se mueve es perder la partida.

Se ha dicho en tono de censura, que LA CRUZ DEL SUR es una capilla. LA CRUZ DEL SUR es una capilla porque de este modo tiene organización, fuerza de sindicato y regla de conducta colectiva y consciente.

* * *

Ha iniciado LA CRUZ DEL SUR una discusión sobre la orientación de la estética en el Río de la Plata. De las diferentes opiniones que se han emitido hasta ahora se pueden hacer dos grupos: Uno de ellos es defensor de la creación de la consciencia americana. El otro afirma la realidad de la estética del siglo XX. En el fondo los dos principios son conciliables y están de acuerdo en reaccionar contra las tendencias que han envenenado casi todas las formas de la actividad artística del nuevo mundo. Pero en esta conciliación no se llega a sincretismos tibios ni a fórmulas de equilibrio. Cada uno de los principios diferentes subsiste por sí solo y no pide auxilio ni a la fusión que desvirtúa ni al remiendo que rebaja.

Dentro del grupo que defiende la creación de la calidad americana, y que frente a Europa está en una posición de negación y de fobia, cabe distinguir:

- 1.º los NATIVISTAS que trabajan en una poesía del arrabal y del campo, del indio y del gringo tales como aparecen y se realizan en el Río del la Plata;
- 2.º los que han ahondado un « gauchismo cósmico » vinculado con el pensamiento platónico, con la calidad pitagórica y con el Oriente esotérico.

El grupo que afirma la realidad de la estética del siglo XX (aparentemente europeizante, y que nunca ha desaprobado la legitimidad de la consciencia americana) desconfía de la tradición. Llevada la cuestión al esquema se podría formular así:

Los primeros quieren la diferenciación de América; los segundos buscan la diferenciación del siglo XX. Diferenciación de los continentes y diferenciación de las épocas, ahí está el apartamiento de las dos tendencias. Es la reaparición de las potencias de la geografía y de la cronología y, en un plano más libre, la obsesión latente de las formas inteligibles del espacio y el tiempo.

La defensa de la estética nueva se apoya en la idea de que hay que estar en la época en que uno vive, en que no hay que quedarse rezagado y en que el anacrónico, por apego al pretérito, no tiene más razón de ser que ilustrar con su propio ejemplo el error y la ineptitud que contiene la superstición del pasado.

Esta discusión, que empezó a propósito de la poesía, ha suscitado un nuevo planteo de la oposición entre lo universal y lo local, lo concreto y lo abstracto, lo esencial y lo accidental, pero sin atadidos escolásticos ni formalistas, y con una proyección hacia las artes decorativas y el urbanismo.

por la Dirección
GERVASIO GUILLOT MUÑOZ

La tierra para el cultivo, extender los límites del territorio primitivamente ocupado, luchar con las tribus salvajes hasta su aniquilamiento, explorar el país y abastecer bosques milenarios. En una palabra: consistió en la tarea de poner en rendimiento, mediante una acción intensa y continuada, las enormes riquezas de suelo y del subsuelo americanos. La circunstancias que dejamos señaladas, tuvieron, necesariamente, que ejercer un hondo influjo en la determinación del carácter y psicología del tipo yanqui, individual y colectivamente considerado. El sentido religioso de los Puritanos, el sentido aristocrático de los Caballeros, el espíritu aventurero de muchos otros pobladores, unido al sentido utilitario anglo-sajón y a la influencia del medio físico en que tenían que desenvolverse su actividad, son los factores que primaria y fundamentalmente han obrado en la creación del carácter avasallador y absorbente de los norteamericanos. (8) Por eso, a pesar de la astucia que ponga en juego para ocultarlo, es raro encontrar un americano que no se sienta dispuesto a atropellar el derecho ajeno, si en ello ve conveniencia para él o para su país. Relacionese esta modalidad psicológica con algunas circunstancias que caracterizan el proceso del desarrollo político-económico de Norte-América y se tendrá la explicación, no la justificación, de su tendencia expansionista.

Esa tendencia expansionista presenta dos aspectos perfectamente diferenciados. Uno, el que va de 1800 a 1850, caracterizado por el anexionismo a toda costa. El otro, comprendido en el período de 1850 hasta hoy, más cauto en materia de anexionismo, pero no menos brutal o infinitamente más extorsivo. El primero estaba determinado por necesidades políticas, de unidad interna, y por el afán ruralista de las grandes extensiones. El segundo es ya un imperialismo típicamente capitalista, que, sin desdén, el dominio territorial, concebida que esa no es su función específica y la relega a segundo término. La explicación de esa nueva modalidad del imperialismo yanqui, está clara: es la consecuencia de un fenómeno económico determinado por el desarrollo del industrialismo. Por eso, mientras en el desarrollo de ese industrialismo no se produce el fenómeno de la superproducción, el imperialismo yanqui está, podríamos decir, en estado de catalepsia. Pero, cuando ese fenómeno sobreviene, el imperialismo se despierta y empieza a actuar, presentando el aspecto peligroso con que hoy lo conocemos.

La distinción que acabamos de hacer del imperialismo yanqui, definiéndolo como un imperialismo rural y político de 1800 a 1850 y como imperialismo capitalista de 1850 hasta hoy, no es, de ningún modo, arbitraria. Hasta 1850 los Estados Unidos se caracterizaron por ser un país de grandes y pequeños agricultores. Su población agrícola era entonces de 46.6 %. Pero eso no es todo. En esa misma fecha la gente que vivía en pueblos rurales menores de ocho mil habitantes sumaba el 46.9 % de la población total y el número de la que vivía en ciudades mayores de cien mil apenas alcanzaba al seis por ciento. De donde resulta, que, en 1850, la preponderancia de la agricultura y del ruralismo sobre el urbanismo y la industria era evidente. Como, según queda demostrado por los datos que dejamos consignados, desde 1800 a 1850

es cuando la tendencia anexionista se manifiesta más activa, no creemos que sea un disparate definir esa época del imperialismo yanqui, como la época del imperialismo agrícola, actuado por el cálculo político de un núcleo de hombres inteligentes y previsores, que concibían a fondo la psicología y las ambiciones de su pueblo y las utilizaban, con una gran visión de futuro, sin importárcese para nada el daño que con ello ocasionarían a la independencia política y económica de los otros países.

Desde 1850, y especialmente desde la guerra de secesión en adelante, el problema, siendo el mismo en el fondo, cambia fundamentalmente de aspecto. Y ello por una razón sencilla. A partir de esa fecha se abre una nueva era para la historia Norteamericana. El país adquiere una faz económica distinta. Al cultivo extensivo de la tierra, que caracterizaba el período de 1800 a 1850, sucede el etapa de industrialización intensiva y extensiva. Esta circunstancia revolucionaria, no solo la economía, sino las costumbres yanquis. En el plazo de sesenta años la fisonomía moral y material de ese pueblo, sufre una radical transformación. Según el censo de 1910, la población rural que en 1850 se adjudicaba a pueblos menores de ocho mil habitantes, desciende, de 46.9 %, a 26.6 %, mientras que en las ciudades mayores de cien mil habitantes, el porcentaje de 6 %, sube a más de 22 %. En 1850 correspondía, a cada habitante de Norte-América, 12.66 acres de tierra de labranza, y, a cada labrador, 31.17; en 1910 esos porcentajes quedan reducidos a 9.55 y 27.63 acres, respectivamente. Esto indica, como lo apunta Arqueizaín en el *El Pueblo Yanqui*, que el desarrollo del urbanismo, se verifica a expensas del ruralismo, que a la industria está sufriendo a la agricultura. Este fenómeno, de por sí muy claro, se explica mucho mejor si tenemos en cuenta que en 1850 la extracción de minerales era insignificante comparada con la de 1912. En 1850 se extraían seis millones de toneladas de carbón; en 1912, 477 millones; 564,000 toneladas de hierro en 1850 y 29,227,000 en 1912; 700 toneladas de cobre en 1850 y 568,000 en 1912; 211,000 toneladas de fosfato en 1850 y 2,973,000 en 1912; 21,000,000 de galones de petróleo en 1850 y 9,329,000,000 en 1912. Agreguemos a esto que el capital activo de la república Norteamericana, instrumentos de producción y de cambio, se calculó en 1850 en \$ 2,737,000,000 y en 1910 en \$ 47,961,000,000 y tendremos la seguridad de que al definir el imperialismo de este período, como imperialismo típicamente capitalista, no hemos cometido ningún error. (9) Como se ve, esa definición está fundada en hechos incontrovertibles. Pero hay más todavía. Las anexionos o conquistas de territorio, efectuadas por la Unión desde 1850 en adelante, tienen ya claramente marcado el sello del imperialismo capitalista. La adquisición de Alaska ya no se hace obedeciendo a una finalidad político-cultural, sino con miras industriales y comerciales bien definidas. La anexión de Hawaii presenta caracteres todavía más nítidos de imperialismo capitalista. Hawaii había sido largamente codiciada por el capitalismo americano, no solamente como campo propicio a la inversión productiva

(8) Boutmy, en sus *Elementes d'une psychologie politique du peuple américain*, observa que el tipo fuertemente templado de los norteamericanos es la consecuencia del asentamiento de ciertas cualidades específicas del aventurero y del devoto.

(9) Los datos estadísticos contenidos en este párrafo, son extractados del libro de Arqueizaín, *El Pueblo yanqui*. Este escritor hace notar que los datos del libro titulado *The wealth and income of the people of the United States*, cuyo autor es el americano Wilford Ibbot Kinz, profesor de estadística en la Universidad de Wisconsin. Son, pues, datos de fuente americana.

de capitales, sino como avanzada estratégica en el Pacífico, para su expansión hacia el Extremo Oriente. Se trató, pues, por todos los medios, de ponerla bajo su influencia. Algunos de estos motivos fueron diplomáticos y, por cierto, de un maquiavélismo extraordinario.

En 1875 se negoció un tratado, mediante el cual, el azúcar de Hawaii se admitió libre de derechos en los Estados Unidos. Los resultados no se hicieron esperar. Las importaciones de azúcar aumentaron en proporciones enormes. Antes del tratado, esas importaciones, nunca habían llegado a 20,000,000 de libras. Un año después del tratado, llegaron a esa cifra y, en los subsiguientes, la sobrepasaron en mucho. En 1882 las importaciones de azúcar hawaiano, excedían, según Tausig, (10) de 100,000,000 de libras y en 1887 llegaban doscientos millones. La explicación de este incremento en las importaciones es muy sencilla. El azúcar de Hawaii, por virtud del tratado de referencia, entraba al mercado de la Unión en condiciones iguales al de la Luisiana. Y como las tierras de Hawaii eran mucho más aptas para el cultivo que las de la Luisiana, los competidores americanos luchaban con enorme desventaja dentro de su propio país. ¿Por qué se hacía esto? ¿Para favorecer la economía de las Islas Sandwich? De ningún modo. Esto se hacía para favorecer los designios político-imperialistas del gobierno de Washington, y ciertos intereses económicos de capitalistas yanquis. La mayoría de las plantaciones de caña de Hawaii pertenecían a capitalistas americanos. Favoreciendo, pues, los intereses particulares de éstos, se favorecía los intereses generales de Norte-América. De este modo se adquiría y consolidaba una situación dominante en los asuntos económicos de las islas, susceptible de ser aprovechada, convenientemente, cuando llegara la ocasión. Y la ocasión llegó. La provocaron, artificialmente, en 1890, los gobernantes de Washington, mediante la tarifa Mc. Kinley. Por esa tarifa se consideraba la entrada de todo azúcar libre de derechos. El azúcar de Hawaii tenía, pues, que competir, en el mercado americano, con el de Cuba, Java y Brasil. Esto, como es natural, ocasionó, de inmediato, una depresión en los negocios de las islas. El precio del azúcar en Honolulu—escriben Scott Naring y Joseph Freeman, en su libro *La Diplomacia del dólar*—bajó, de cien dólares por tonelada, a sesenta en un solo día. El valor de los terrenos azucareros y de la reserva de azúcar, bajaron en la misma proporción. Por virtud de esto se crea una situación económica muy delicada. Los propietarios de plantaciones e ingenios, sufren pérdidas enormes. Mr. Stevens, ministro americano en Hawaii, en correspondencia enviada a su gobierno el 20 de noviembre de 1892, las calculaba en 12,000,000 de dólares. Esas pérdidas recaían, casi en su totalidad, sobre capitalistas yanquis residentes allí o en California. Había que evitarlas. Para ello se hace entrar en juego la influencia económica americana en los asuntos de las Islas. «Mientras no se decreten algunas medidas prácticas de ayuda,—informaba el ministro Stevens a su gobierno—las propiedades azucareras seguirán bajando. Unapropiada e inteligente acción por parte de los Estados Unidos, evitará a los propietarios grandes pérdidas. Las medidas prácticas y la acción inteligente a que

aludía Mr. Stevens, necesarias para restaurar la prosperidad de Hawaii, consistían en estas dos cosas: la anexión lisa y llana de las Islas por los Estados Unidos y la imposición de un subido impuesto al azúcar que otros países importaban en Norte-América. Los intereses económicos y comerciales americanos en Hawaii estaban interesados en que así ocurriera, y como eran ellos los que dominaban la situación, la tarea se precató fácil. Bajo los auspicios del ministro americano, se constituyó un Comité. Dicho Comité, en cuyo seno figuraban personas de alta responsabilidad, tenía por objeto fomentar una revolución. Stevens informaba de ello al departamento de Estado de su país, y pedía el establecimiento de una base naval en Honolulu, para proteger la vida y la propiedad de los americanos. En enero de 1893 estallaba la revolución. Simultáneamente el comandante de Boston, de acuerdo con las instrucciones del ministro Stevens, hacía un desembarco de marineros. El ministro de Relaciones exteriores de Hawaii protestaba por el desembarco de tropas sin permiso de la autoridad. Y el ministro Stevens le contestaba, secamente, que *el asunto la responsabilidad de lo ocurrido*. Veinticuatro horas más tarde, el Comité revolucionario, bajo la protección de los cañones americanos, tomaba posesión del Palacio de Gobierno y proclamaba el derrocamiento de la monarquía hawaiana, estableciendo un gobierno provisional hasta la negociación de las bases de unión y de acuerdo con los Estados Unidos. Una hora después de esta ceremonia, el ministro americano acreditado en Honolulu, al gobierno provisional. Desde aquel momento, Hawaii, quedaba virtualmente anexada a los Estados Unidos. El 15 de febrero de 1893, un mes después de la revolución, el presidente Harrison y el ministro de Estado, Mr. Foster, presentaban a la aprobación del Senado un tratado de anexión firmado ya por comisionados del nuevo gobierno hawaiano. Este tratado, por razones de política interna, no se aprobó hasta 1898. Pero eso no tiene importancia. Lo importante es que Hawaii, desde el instante en que los marineros yanquis desembarcaron para proteger la revolución, había pasado a ser una dependencia de la Unión. Aquella revolución, organizada por capitalistas estadounidenses, alentada por el representante diplomático americano y protegida, militarmente, por el gobierno de Washington, caracteriza, acabadamente, al imperialismo norteamericano, como imperialismo capitalista. (11)

Desde entonces, ese imperialismo, no ha cesado de actuar, abarcando cada vez mayores zonas de influencia. Su penetración puede ser pacífica o violenta, según las circunstancias y las conveniencias que en ello tenga; pero no menos peligrosa para la independencia de los otros pueblos. La guerra con España en 1898; la protección al separatismo panameño en 1903; toda la política de extorsión llevada a cabo contra México y los Estados Centro-Americanos en estos últimos años; su misma participación en la guerra europea, son episodios que no dejan lugar a duda sobre su afán, un tanto alocado, de hegemonía política y económica mundial. De ello nos ocuparemos, extensamente, en otra oportunidad. Por el momento nos basta con lo

(10) Nos hemos extendido en este episodio del imperialismo yanqui, porque el marco el punto de partida de una serie de acontecimientos similares y, además, ilustra, admirablemente, los procedimientos que los yanquis emplean en su acción expansiva.

(11) Citado por los americanos, Scott Naring y Joseph Freeman en *La Diplomacia del dólar*, pág. 92.

expuesto, para demostrar que el actual imperia-
lismo yanqui, es, como ya dejamos dicho, un
imperialismo típicamente capitalista y que, siendo
así, la tesis, ingénuo o calculada, de que obra
impulsado por sentimientos filantrópicos queda
completamente destruída.

El imperialismo americano, en su afán de do-
minación, no se distingue, en lo más mínimo, del
imperialismo de otros países. Trata, como el de aque-
llos, de penetrar, extenderse y dominar en los
países económica e industrialmente retrasados,
no para mejorar las condiciones de vida de sus
pobladores, sino para sacar de ello la mayor suma
de provecho posible. Y es lógico que así suceda.
Siendo como es, el imperialismo moderno, de
esencia puramente capitalista, no puede guiarlo
en su acción, sino un afán desmedido de lucro.
El sistema capitalista de producción y de cambio
es, intrínsecamente, eso mismo: afán de ganancia,
siempre mayor afán de ganancia y nada más. Si
se encontrara el medio de evitar totalmente la
posibilidad de ganancia, el imperialismo, automá-
ticamente, dejaría de actuar y el capitalismo de-
clararía rápidamente su poderío. Desgraciada-
mente para la humanidad, el medio eficaz para
conseguir prácticamente tal resultado, todavía no
existe: los medios que, hasta hoy, se han opuesto
al sistema capitalista de explotación del trabajo y
de las riquezas naturales, no pasaron de ser tenta-
tivas más o menos generosas, pero sin mayor
resultado. Las razones del porqué ha ocurrido así,
no es esta la oportunidad de examinarlas. Bás-
tanos, por el momento, con anotar el hecho.

Siendo el imperialismo yanqui sustancialmente
igual al imperialismo inglés, al francés, al japonés
o al alemán, es, sin embargo, para los países
de América, mucho más peligroso. ¿Por qué?—
se preguntará—. En primer lugar por su poten-
cialidad industrial, económica y financiera, y, en
segundo término, por razones de latitud y de
vencidad continental. Para darse cuenta de lo que en
el primer aspecto representan los Estados Unidos,
basta tener presente que su extensión territorial,
según resulta de los datos que más arriba dejamos
consignados, sobrepasa el 6 % de la superficie
total del globo y que su población, de 120.000.000
de habitantes, teniendo en cuenta que el total de
la del mundo se calcula en más de 1.750 millones,
alcanza al 7 % de la población mundial. Los
Estados Unidos, aparte de esto, tienen actual-
mente en su poder un stock de oro avaluado en
más de 4.000.000.000 de dólares. Ellos solos po-
séen más oro que todos los otros países juntos.
Son dueños, además, del 40 % de la riqueza total
del globo y su renta anual representa el 55 % de
la renta mundial. La riqueza total de Norte-Amé-
rica, que en 1850 era de 7.000.000.000 de dóla-
res, alcanzaba, según el censo de 1924, a la
suma fabulosa de 322.000.000.000 en 1922.

(12) Lo que los Estados Unidos representan
actualmente como fuerza industrial, nos lo dice
el hecho de que su producción de acero en 1926
llegó a 48.000.000 de toneladas y la de hierro colado
a 40 millones. En el mismo año se extrajeron
700 millones de toneladas de combustible. Los
Estados Unidos producen, pues, actualmente,
las 3/5 partes del acero y del hierro mundial. Pero,
a la enormidad de su producción de hierro y acero,
hay que agregar, todavía, la de cobre, que repre-

senta los 2/3 de la producción del mundo, y la de
algodón, que alcanza al 60 % de la producción
total del globo. (13)

Si a los datos que anteceden añadimos que los
Estados Unidos eran en 1923 hoy lo serán en ma-
yor escala acreedores de casi todos los países del
mundo por una suma superior a 20.000 millones
de dólares, se tendrá una idea bastante clara de
lo que esa enorme fuerza industrial y financiera
representa como potencia imperialista.

El imperialismo americano se puede representar,
gráficamente, presentándolo como un enorme
pulpo económico-financiero, cuyos tentáculos se
extienden cada vez más lejos y apretan cada vez
más fuerte las víctimas que aprisiona. La Amé-
rica Latina está entre el número de éstas. Según
cálculos del Departamento de Comercio estado-
unidense, en el año 1923 soportaba una presión
económica proporcional a cuatro mil millones de
dólares. Hoy, seguramente, ha aumentado esa
presión en algunos centenares de millones más.
El plan de encerrar las finanzas de la América
Latina en una red de bancos yanquis, concebida
por Pierpont Morgan, hace más de veinte años,
está casi realizado. Y la consecuencia inmediata
que resulta de todo esto es clara: la independencia
económica y política de los países centro y sud-
americanos es cada día más nominal que real. En
muchos de estos países los Estados Unidos ejercen
ya un riguroso control financiero y político, en
otros, un control financiero solamente y, en todos,
un monopolio absoluto del crédito.

¿Cómo defenderse de esa fuerza que todo lo
avasalla? He ahí lo más intrincado del problema.
Provisoriamente al menos, hay que descartar
toda idea de resistencia a mano armada. Aún
admitiendo la posibilidad—cosa completamente
ilusoria—de una alianza militar latino-americana,
tendiente a ese fin, no convendría intentarlo,
porque el resultado sería funesto. Norte-América,
no es hoy solamente una gran potencia económico-
financiera, sino que, además, es una gran potencia
militar y naval. Quizá, si se tiene en cuenta la
perfección técnica de su mecanismo industrial,
sea lícito considerarla como la potencia más fuerte
del mundo. Téngase en cuenta que «su presupuesto
de guerra, según Albert Treint, alcanza a 500
millones de dólares»; que el espíritu militarista
de su pueblo quedó evidenciado en 1925, cuando,
a un llamado de movilización, acudieron «más de 16
millones de ciudadanos jóvenes»; que actualmente
se instruye en sus campos de aviación «quince mil
aviadores militares», y que su flota de guerra,
avaluada en 2.000.000.000 de dólares, posee un
poder ofensivo quizá superior al de la flota britá-
nica. Pensar, pues, en resistir a mano armada la
expansión del imperialismo yanqui, es, sencilla-
mente, absurdo. La desproporción de fuerzas veda,
en absoluto, toda tentativa en ese sentido. Pero
ese no es el único medio. Hay otros. Entre ellos la
constitución de un partido latino-americano, con
propósitos de acción bien definida a este respecto
puede ser de gran eficacia. La Confederación Lati-
no-Americana y la resistencia al capitalismo serán
sus fines inmediatos. Ese partido ha de ser obra, más
que nada, de la juventud (14) y ha de tener un

(13) Albert Treint. «La puissance imperialiste des Etats-Unis».

(14) Decimos que ha de ser obra de la juventud, porque la ju-
ventud, por ese solo hecho, es audaz, entu-ista, combativa, y, con-
secuentemente, una gran fuerza creadora.

ideario completamente «avanzado», tanto en materia político-social, como en materia económico-financiera. Su finalidad deberá de ser a la vez concreta y amplia. Actuando en el presente no deberá perder de vista la perspectiva histórica poco halagüeña del pasado. Así se orientará, con seguridad, hacia el futuro. La creación de ese partido no ha de ser, ciertamente, cosa fácil. Se opondrán a ello los intereses creados y, además, las taras de cien años de politiquería criolla. Los Díaz y Chamorro, que desgraciadamente existen en casi todos los países de la América Latina, encaramados en las altas esferas de gobierno, se opondrán a ello tenazmente. Pero esas circunstancias no deben ser motivo de vacilación. Por el contrario, más que obstáculo, deberán de ser estímulo. No se olvide que las grandes realizaciones requieren siempre grandes esfuerzos y grandes sacrificios. Hay que resolverse a afrontarlos. La época de las proclamas líricas ha pasado. Con protestas platónicas, más o menos retóricas, no se pone coto al peligro. El momento actual es de acción. Si se quiere impedir que la América Latina sea, dentro de pocos años, una dependencia del capitalismo yanqui, no debe perderse ni un minuto más de tiempo. Hay que ir resueltamente a la constitución de ese partido o de otro instrumento de lucha eficaz. Cruzarse de brazos, ante el apremio de las circunstancias, es suicida e inmoral.

Hemos dicho que la acción a realizar debe estar orientada en un sentido «avancista». Lo repetimos

nuevamente. Cualquiera sea el instrumento que se utilice, deberá, si se aspira al éxito, tener esa orientación. El contenido ideal del movimiento nacionalista moderno, es profundamente revolucionario y emancipador. No está constreñido a la estrecha y vieja fórmula de la lucha de razas o de pueblos. Rebase ese molde anaacrónico, para convertirse en una vigorosa, noble y admirable manifestación de lucha social. El mundo se encuentra actualmente sacudido por esa lucha. La China y la India, la Siria y el Egipto, pugnando por emanciparse del yugo imperialista, son ejemplos vivos de lo que afirmamos. Es el espíritu de los nuevos tiempos esforzándose por crear un nuevo tipo de civilización. La América Latina no puede ni debe sustraerse al ritmo histórico de los acontecimientos. Por eso, cuanto antes, debe prepararse a la acción. Si lo hace a tiempo evitará verse sometida a la servidumbre. De lo contrario sufrirá, inevitablemente, el vasallaje del coloso del norte.

La victoria no corresponde siempre a los más fuertes y a los más agresivos. La historia nos enseña que, muchas veces, quizá las más, corresponde a los más previsores. Los pueblos de la América Latina, en block, deben ser esto último. Así cumplirán uno de sus más altos deberes históricos: el de salvaguardar su independencia y su bienestar.

J. L. MORENZA.

PUEBLO DE MIGUES EL CAMPO

El campo empieza en la plaza del pueblo,
culebrea por los cordones de las veredas
y se derrama saltando cañadas, tajamares y
caminos.

Euseguida se pone una rondana y una piola
en el ojal de un pozo
y se hace su gusto de descuidados pastizales
y cardos florecidos.

Cuando menos se piensa
le sale un sarpullido de margaritas
o se enoja y, como un gato,
encorva el lomo de un hormiguero.

Desde luego
si se le autoja un rancho humilde pero honrado
lo tiene en cualquier parte
lo mismo que una casita blanca para recién casados.
(Recuerdo un rancho
metido en un tupido capullo de sauces florones
para que no se pudieran escapar las vidalitas.)

Tiene el rasguño permanente del trillo de los
animales

y algún que otro moretón de tierra greda.
Y no le importa que el pueblo,
estudiante reglamentado a ciudad con chimeneas,
lo desdeñe un poco
porque para eso siempre tienen detractores las
muchachas vírgenes.

Amenud se desabrocha unos amaneceres colosales,
con una coloración donde da gusto mojar los ojos
y una paz ancha y musical de honradez prestigiosa.

Me tiré muchas veces en el campo
y fui feliz, a pesar de los bichos colorados.

Muchas veces en el campo, y en gloria a su pureza,
me sacudí los besos de las mujeres impuras de
Montevideo.

Siempre me acordaré de aquella vaca colorada
que me corrió cuando botija!

MARIO ESTEBAN CRESPI

CONTESTANDO A LAS PREGUNTAS DE
« LA CRUZ DEL SUR »

DE LUIS GIORDANO

La generación de la post-guerra, recalcamente nutrida, los nervios blindados y el equilibrio en la plenitud del desarrollo adulto, está empeñada en la construcción espiritual de su siglo.

El fracaso de los sistemas políticos, la exégesis filosófica y la nueva estética están cumpliendo la reforma material y moral del mundo, en tanto, que, la máquina reduciendo el espacio, la arquitectura cambiando la fisonomía de los paisajes y el hedonismo y la inquietud contemporáneos aglomerando las muchedumbres en urbes de cemento, han ido modificando el ritmo de la vida.

En estas condiciones el hombre moderno se siente firme sobre unas bases distintas de las que han sostenido hasta ahora a la humanidad vacilante: el conocimiento de su efectiva situación en el tiempo le está dictando los límites diferenciales de su misión.

Nuestra época demuestra su virilidad, su fuerza y el sentido positivo de su orientación, tanto en las forjadas obras que construye, como en las inútiles que destruye.

A los académicos inmovilizados en posturas de museo, los escolásticos encasillados y los universitarios rancios que defienden, desde los pedestales de la incompreensión, la descomposición cadavérica de las fórmulas finiseculares y el putrefacto boñido de las tradiciones sin contenido, hemos opuesto, no por cierto, la gritería cursi y aturrida de las reacciones, sino un verbo de optimismo y de certeza, de hondura espiritual y de fuerza, de buen humor y de ironía irreductible. Frente a los débiles y a los excesivos, a los cretinos que vuelteran en las plazas y a los que lo hacen en las cátedras, hemos creado nuestras síntesis constructivas, realistas y veraces, sintomáticas de una elaboración crítica previa que no logró detener al espíritu en la contemplación de las ruinas sino que impuso su actividad en la creación positiva.

A cambio de los infeundados que se suicidaban en desmayos desalentados, tenemos ahora los bellos poemas, los versos vertebrales de acero y nuestros hijos de leche y hierro.

El ring, el cine, el jazz, los tonos definidos y las líneas puras, el deseo del record, y la aventura—los campos de deportes florecidos de muchedumbres vibrantes, el desmemoramiento de los virtuosos, acusan ya, la definitiva desaparición de los apollinados, del afeminamiento retrógrado del salón y de la necromancia de los museos y monumentos.

Al hombre de estética las fronteras le interesan como datos geográficos. El nacionalismo asentado sobre estas concreciones artificiales es una limitación del espíritu, porque lo encierra sobre el plano de su territorio, imaginando la mitología del espacio privilegiado (el espíritu, que gusta de las aventuras en todas las dimensiones)—o un simplismo despreciable elaborado para obtener inconfesables ventajas políticas y crear inexorables exclusiones o absurdas leyendas.

Disfrazar una doctrina política con los mantos del arte es una hipocresía. El arte es una actividad humana perfectamente diferenciada (1) que nada tiene que ver con las limitaciones espaciales que las patrias quieren erigirle o con las que los espíritus pequeños pretenden ponerle. La estética como manifestación de las facultades de discernimiento del hombre, nunca se limita dentro del espacio sino que progresa dentro del tiempo. Porque el espíritu humano acusa su fundamentalidad en el arte más despojada de complicaciones intelectuales es que en el de éstos pueblos de América y en especial en el de los aborígenes del Plata, los lineamientos específicos que interesan al esteta, no acentúan diferencias realmente esenciales con el de otros pueblos en grado igual de desarrollo. Precisamente, se puede concebir un arte diferenciado en América, pero surgido de elementos del tipo griego. (2)

La tradición autóctona artística que no llega al grado de madurez necesario para la creación de *Ugma*, manteniéndose en los prodigiosos industriales del arte más decorado, del arma, y del tímulo funerario sin redozos de arquitectura—es solo uno de los datos para uno de los métodos de la estética. (3) La estética nueva que relegó al dialectismo kantiano ejercido por parásitos del pensamiento desde las viejas cátedras y sometió al cientismo a un control a la vez cerebral y sensitivo, no desperdicia ninguno de los aportes que la humanidad, la vida, mejor dicho, le ofrece: el arte en los animales, en los anormales, en el niño, en los pueblos primitivos y en los civilizados sirve como elemento a la elaboración de la estética nueva. La tradición se ejerce en función de los datos que otorga y de la cultura que crea.

El movimiento literario llamado nativista es una cuestión de temas. Lo nativo, en realidad, no tiene un sustento artístico diferente al de cualquier otro regionalismo. No es un medio de expresión diferente, sino que aprovecha de los medios de

(1) Y tan diferenciada, hasta como desde Lacarba, proclamaba Artengo Sottici, con un estupor nihilista.

(2) Los etnógrafos y los etnólogos han mostrado que, en los pueblos más alejados unos de otros en el tiempo y en el espacio y por sus orígenes étnicos, se encuentran obras idénticas, y que, al contrario, en los pueblos contemporáneos consanguíneos y sometidos a las mismas influencias climáticas, se encuentran obras absolutamente distintas. Victor Barch.

(3) El caso del arte negro de los siglos XI y XII al que se le puede atribuir influencia en la estética cubista (Picasso, 1906, etc.) es distinto siempre al de los aborígenes (pietones o americanos en general); las mascarillas africanas y polinesias revelan un desarrollo del individualismo y del concepto de síntesis consecuente a una época avanzada de la civilización artística ya sea por el manejo del material y su herramienta o ya porque este llamado arte negro, es un realismo purísimo equivalente al de los primitivos o al de la ingénua y fecunda honradez del aduanero Rousséau.

expresión que le prestan las escuelas nuevas. Cuando se llama a sí mismo con nombres rotundantes, sacados de los esoterismos orientales es una contradicción y cuando se convierte en patriotismo, en partidismo, deja de ser una actividad estética para exhibir sus gestos grotescos en el escenario de las tonterías humanas.

Por mi parte, comprendo la estética occidental con menos esfuerzo que las otras y el arte contemporáneo de Europa me parece el más útil, el de deja al espíritu mayores márgenes de libertad, y el que en su afán constructivo está dando un sentido auténtico a nuestra época y una orientación nueva al pensamiento. (4)

El destino de nuestro tiempo se encierra en el deseo anhelo de crear los fundamentos de la conquista definitiva del planeta, de manera que las fórmulas sociales y artísticas valgan como absolutas en el espacio: el primer jalón de tal conquista es la desaparición para el pensamiento de las fronteras internacionales que sólo pueden admitirse como un pretexto pedagógico.

Las reformaciones medioevales, el sentido feudal y los fríos romanticismos deben ocupar su verdadero lugar en las categorías espirituales: de éste punto de vista, merced a la progresión acelerada del pensamiento en el tiempo, las conquistas

(4) Un libro como El Rosal — que he publicado — tiene el aspecto de un ejercicio espiritual. Mucha antes de convertirme en obra, yo pensaba, más o menos, lo que pienso ahora del arte y de la estética. Documentos de fecha cierta; Revista Ariel, años 1921-22.

del espíritu nuevo han de ser, total, esencial y substancialmente distintos de las cumplidas en otras épocas históricas.

La ley de estrategia y la ley de economía deben regir la acción de la generación consciente de hoy. Por la primera, la egolatría y el sentimiento de la seguridad propia, por amor al éxito y a la obra emprendida y la certeza de sus fines, debe extraerse de los puestos de vanguardia a aquellos mejor dotados, a los que se necesita en los momentos de mayor responsabilidad y peligro. (5)

Por la otra—el ahorro de fuerzas, la necesidad de las grandes síntesis, y el deseo del aprovechamiento para el goce, para el arte, para la nobleza, para el intercambio de valores, del tiempo que se dispone—convirtiéndose a toda acción en un ritmo infaliblemente desprovisto de vaguedades. (6)

El modernismo debe encararse como una fuerza internacional que dé a la vida un contenido, una dirección, una rapidez y un empuje específicos totalmente nuevos, completamente distintos de los que tenía hasta hoy.

L. GIORDANO.

(5) Se ofrecieron como una materia incandescente y ardiéron ellos mismos juntos todos en el gran hogar de antes de la guerra, en forma de movimientos de vanguardia. Bontempelli, en 909.

(6) Voyez: clarés sur la poésie: langage concret et symbolisme verbal. Poésies arts et tace. Cardacell. L. G.

DE ILDEFONSO PEREDA VALDÉS

A la 1.ª pregunta: Creo en la existencia de un arte nacional diferenciado para el año 1992. Hasta ahora, mi fe se detiene en « Martín Fierro » y « El mundo » de Sarmiento.

A la 2.ª. La tradición autóctona puede servir para cualquier cosa.

A la 3.ª. Mientras exista el jazz-band es imposible fabricar arte nativista. En este momento quiero hacer arte nativista, pero, el ritmo sincopado de un fox-trot me lo impide; pienso en el campo desde Montevideo, y nada. Decididamente no soy un poeta nativista.

A la 4.ª. Lo de permisivo del arte europeo depende de quien lo ingiera. Hay quienes se han intoxicado y quienes tienen un estómago a lo Mitridates. Lo de indiferente me parece criminal, lo de necesario, no tanto.

A la 5.ª. Cada cual debe encararlo como le plazca. El profesor de Literatura tiene razón, yo tengo razón, los lectores de Españoceda tienen razón.

Y sin embargo, el modernismo no triunfará hasta que no tenga mártires. Es necesaria una inmolación. Hacen falta fanáticos y santos.

Con algunos de los poetas llamados por el vulgo « consagrados »—consagrados en qué,—yo no discutiría sino a estonazos. En esa forma los veneraría, discutiendo, jamás. No tengo paciencia para soportar a un profesor de retórica que niega al Cubismo. Prefiero arrojarse un cubo de agua a la cabeza.

ILDEFONSO PEREDA VALDÉS.

CONTESTANDO A LA ENCUESTA DE <LA CRUZ DEL SUR>

DE FERNÁN SILVA VALDÉS

Antes de contestar las preguntas de esta encuesta creo necesario decir que es, en una opinión el *nativismo*. Me llama muy singularmente la atención el poco acuerdo que vengo notando en la aplicación del término.

Las palabras *nativo*, *nativista*, *nativismo*, andan en muchas bocas y en muchos papeles como antes andaban las de *criollo*, *criollismo*. Y observo que con frecuencia salvo raras excepciones, a lo que antes le llamaban *criollo*, ahora le llaman *nativo*. Opino que no es la misma cosa. Y entiendo que el *nativismo* es el movimiento que puede definirse de este modo: el arte moderno que se nutre en el paisaje, tradición o espíritu nacional (no regional) y que trae consigo la superación estética y el agrandamiento geográfico del viejo criollismo que solo se inspiraba en los tipos y costumbres del campo. Que un movimiento así definido existe y se agranda y triunfa, tonto sería negarlo.

El *criollismo* es una cosa vieja y estática; el *nativismo* es una cosa nueva y en evolución.

¿Porqué confundir, entonces, términos representativos de dos aspectos de nuestro arte?

Y por último, permítaseme un comentario sobre la última pregunta.

Creo que el *modernismo* hay que encararlo cruzándolo con el *nativismo*. Uno sin el otro decaerán; apoyándose mutuamente, no. *Nativismo sin renovación*, sin antena receptora de los nuevos modos de sentir y de expresarse sería caer en el error de nuestro viejo *criollismo* que siempre le atravesó el pingo a todo lo nuevo. Al arte moderno hay que cruzarlo con lo típico para fortalecerlo, atarlo a la tierra no con un cabresto: con una raíz. Y tendremos un *modernismo* participando de lo nuestro y por ende, un *nativismo*

evolucionado y en evolución, que no reniegue del presente y si es posible, que se sobre para mostrar la pista del porvenir.

Ahora contesto las preguntas de la encuesta.

Pregunta 1.ª ¿Cree Ud. en la existencia de un arte nacional diferenciado?

Creo en dicha existencia. El movimiento que llamamos *nativismo* es la manifestación clara de ello.

Pregunta 2.ª La tradición autóctona será capaz de servir de base a una estética nacional?

No solo la tradición autóctona sino también la realidad actual.

Pregunta 3.ª ¿Que opina Ud. del movimiento literario llamado *nativismo*?

Que gracias a él, en arte, nuestro país empieza a tener personalidad.

Pregunta 4.ª ¿Considera Ud. que lo que hay de fundamental en la estética europea es pernicioso, necesario o indiferente para el desarrollo del arte americano?

Creo que no es bien clara esta pregunta. ¿Qué es lo fundamental en la estética europea? Yo no entiendo mucho, que digamos, de estéticas europeas, pero creo rumbear al considerar que lo fundamental en ellas es el carácter.

Entonces, contesto así: Lo que hay de fundamental en la estética europea es beneficioso como ejemplo, puesto que nos aconseja que nuestra obra debe tener carácter americano como la de ellos lo tiene europeo.

Pregunta 5.ª ¿Cómo debe encararse el *modernismo*?

Cruzándolo con el *nativismo*.

FERNÁN SILVA VALDÉS.

H A B L A N D O C O N M O R E N Z A

ALGO DE LO QUE NOS DIJO SOBRE SU ESTADA EN RIO

Todo era tropical: la hora, la temperatura, el habano que fumábamos despues de almorzar, el aromático café, el sol impulsivo, el deslumbramiento causado por la luz que, a paladas, arrojaba el cielo.... Charlábamos. Como siempre, lo hacíamos sobre temas artísticos. De esa circunstancia nacieron las declaraciones de Morenza sobre el Río de Janeiro que él vió y pulsó. Se refieren, substancialmente, a modalidades intelectuales y literarias. Nos parecieron interesantes. Y aprovechando el filón, que se presentaba fácil a ser explotado, dejamos que la pequeña máquina Royal—fiel minera—siguiera el ritmo de la conversación hasta donde pudiera dar. He aquí algo de lo que nos refirió nuestro compañero y amigo.

—Que a un habitante de Montevideo le asuste, le enloquezca, le vuelva casi niño un cerro, constituye un fenómeno psicológico que hemos procurado explicarnos, sin conseguirlo cabalmente, mientras—en el « Alcántara »,—regresábamos para el Uruguay. Desde que nos acostumbramos a andar por las accidentadas calles de la ciudad que fundó el vasco Zabala, no hicieron nuestros ojos otro alpinismo que el de trepar las laderas del Cerro y el de ginetear la diminuta fortaleza que todas las noches nos abanica con la luz de su faro. A pesar de eso, si bien nos ha gustado, no nos ha sorprendido hasta el paroxismo el panorama montañoso del Brasil. El pasmo experimentado por ciertas tropillas de turistas que van de aquí a la ciudad carioca, nos parece algo infantil. Cuando, ya de vuelta, les oímos hablar con una fruición casi mística del Corcovado, de la Tijuca, del Pan de Azúcar y de los Picos de Petrópolis, sentimos en los labios un leve escozor, debido, sin duda alguna, a las sonrisas dificultosamente contenidas. Cierzo que el Corcovado, la Tijuca, la Gavea, el Pan de Azúcar y demás picos del sistema orográfico que rodea la bahía Guanabara producen en el ánimo del viajero una sensación de maravilla. Hay allí, indiscutiblemente, una gran concentración de belleza panorámica. Pero eso no significa que se deba volver de Río con la sola visión de su estupendo paisaje. El valor de Río de Janeiro no está reducido a sus *morros*. Si se le sabe buscar, se le encuentra en ellos, entre ellos, atrás de ellos y fuera de ellos. Hay necesidad de decir bien alto esta verdad. Y hay necesidad de decirla, en primer término, porque es así, y luego, para que ciertos *turistas intelectuales* no nos empalaguen con sus *cerriles* impresiones de viaje. Si estos señores no llegan a enmendarse prevemos que va llegar un momento

en que habrá necesidad de constituir una Liga contra el abuso del lugar común.

—En Río de Janeiro hay panoramas de belleza intelectual que pasan desapercibidos para la mayoría de los viajeros con pasaje de ida y vuelta. Y ello es lógico. Sus fuentes de información literaria se reducen a las que manan de la guía Hamilton. A falta de ésta se conforman, comunmente, con alguna referencia recogida entre los empleados del Exprinter. Sin embargo ese panorama de belleza intelectual y artística es interesantísimo. Nosotros lo hemos descubierto merced a las indicaciones del fino, del sagacísimo explorador E. Bustamante y Ballivián. Es un vastísimo esfuerzo de pensamiento, cristalizado en obras de gran provecho cultural. Hacia él hemos dirigido el enfoque de los prismáticos de que iba munida nuestra curiosidad impenitente. Ir a un lado y traer lo que todos traen es algo ñoño, algo que no satisface. Ir a un sitio y volver con la carga útil de una cosa nueva, hace doblemente provechoso el viaje. Es lo que nos ha ocurrido a nosotros. Por eso recordamos con alegría la gira realizada. Y esa alegría se redobla, cuando, trás los vidrios de nuestra biblioteca, aparecen los libros que los amigos de Río han tenido la gentileza de obsequiarnos, y en los cuales, además de su nombre, está impresa la delicadeza de su espíritu.

— Hay en el Brasil una preocupación que no apunta, por lo menos en forma tan aguda, en la juventud intelectual Rioplatense. Nos referimos a la preocupación nacionalista, que, dicho sea de paso, encontramos injustificada y deplorable. Quizá sea esa la única falla de volumen en la nueva intelectualidad brasileña. Ese querer hacerse aisladamente, ese querer *brasilerarlo* todo, ese afán de apartarse, sistemáticamente, de todo cuanto suponga renovación ideológica venida de afuera es lo único que no nos ha satisfecho. Encontramos insorportable esa etiqueta de « industria nacional » pegada a todo cuanto suponga producción desinteresada del pensamiento. Hay en ello—cualquiera sea el país en que se produzca—algo de tara mental. En lo que respecta al Brasil esa preocupación absorbe gran cantidad de jóvenes energías. Es lástima. Orientadas esas energías en un sentido ideológico más en consonancia con el actual momento histórico, podrían favorecer enormemente el progreso de esa extraordinaria fuerza cultural que cada día se dibuja con relieves mas precisos y que, cuando llegue a su completo desarrollo, marcará el punto de partida de un nuevo ciclo de civilización.

—Hechos los reparos que anteceden cúmplenos manifestar que la floración intelectual del Brasil es, actualmente, espléndida. En nuestras andanzas de exploración hemos dado con valores definidos, útiles, clara y esueltamente orientados hacia horizontes de alta responsabilidad cultural. Escritores nuevos, de gran fuerza intelectual, se perfilan con rasgos de vastos e inteligentes realizadores. Agitados por el viento del desco se encaminan hacia novedosos senderos y tratan de desembocar en los anchos aeródromos de la nueva estética. Hemos encontrado espíritus de selección estricta, espíritus despegados, capaces de ascender y descender por virtud de sus propias fuerzas. Porque ahí está lo esencial de lo que llamamos «Arte Nuevo»: subir con arrebatadora agilidad, sin perder contacto con el campo que los vió elevar y sin peligro de ser absorbidos por la inmensidad. Entre los cultores del vanguardismo literario y artístico cabe y es necesaria una diferenciación: los verdaderos y los falsos. Pues si los primeros semejan el raudó avión que cruza y vuelve a cruzar, los segundos no pasan de ser pesados globos cautivos, especie de osos del circo de la simulación, a los que delata la tremenda cuerda que los tiene sujetos al cepo de los prejuicios.

—Entre los primeros, entre los raudos aviones intelectuales del Brasil, están — nerviosas máquinas mentales de radio ilimitado — Ronald de Carvalho, hecho a dos timones, con propulsión alimentada por esencia del más puro filtro espiritual, nexó necesario, indiscutible, entre la poesía y la crítica. Ronald de Carvalho es, además, un excelente y fino ironista, ático, delicado, elegante. Tasso da Silveira, poeta y ensayista, es un excelente piloto de la escuadrilla de observación de los nuevos. Su obra crítica tiene el sabor de un dulce apostolado. Hay en él algo de hierático. Es una especie de Ruskin moderno a quien sigue un sector de la nueva generación con devoto entusiasmo. Andrade Muricy, es, en nuestro concepto, el jefe de la sección *Informaciones* de la escuela nueva. El conoce cuanto de novedoso, de interesante, de digno de ser registrado, ha ocurrido o está ocurriendo. A veces, brujerías de astrónomo intelectual, predice el fenómeno. Es un buen crítico, sin que por ello deje de ser un admirable creador. Posee un espíritu sutil y penetrante para fijar, con justeza, la amplitud de los valores. Dotado de un exquisito tacto, es un agudo seleccionador de la obra de arte. Por todo ello reputamos que su labor ha de ser de gran utilidad. Nestor Victor, que amansó el simbolismo hasta hacerle soportar el trópico, es algo así como una *carroserie* antigua montada sobre un *chassis* de maravilloso poder y estupendo ajuste. Es un simpático ejemplar de hombre de ayer en su aspecto periférico; un magnífico modelo de hombre de mañana

en su contextura íntima, en su aspecto espiritual. De su cerebro, brotan destellos de luz. Posee un sorprendente y claro dinamismo intelectual. Es un maestro, sin la pedantería de los maestros que no lo son. Rodéalo la estimación de un núcleo de jóvenes selectos, que lo tratan como a compañero. Nestor Victor es ya una figura representativa, venerable, definitivamente incorporada a esa falange de hombres creadores que tanto brillo dieron a su patria. Su obra tiene un valor perdurable. Por eso se encadena tan admirablemente con la que van elaborando los activos pensamientos de nuestros jóvenes amigos del norte.

—En otro torrente de luz, en el foco luminoso que parte de otro ángulo del escenario cultural de Río, se distinguen—vivamente recortadas— las figuras, ya impuestas, de Jackson de Figueiredo y Vicente Licino Cardoso. Posee éste un equipaje intelectual de primer orden. Sus cinco o seis volúmenes acusan, con rasgos vigorosos, sus cualidades de sociólogo de enjundia y de novedoso mérito. Es un publicista objetivo y eficaz. En alguno de sus libros ha abordado temas interesantes de educación y de política concernientes al Uruguay. La figura de Jackson de Figueiredo es distinta. Jackson de Figueiredo es dueño de una vasta cultura filosófica; pero está tarado por una especie de manía de católico militante y combativo. Esto, según nuestro modo de ver, lo inhabilita para desempeñar la función de utilidad social a que le obliga su valía intelectual. Su obra «Pascal y la inquietud moderna», si no estuviera maculada por el pecado de la parcialidad, sería de un gran valor.

Por su ideología, Jackson, es una especie de Jacques Maritain, el célebre neo-tomista francés; pero mucho más fogoso, de temperamento mucho más impulsivo. En una palabra: es un Maritain tropical.

—Podríamos hablar de muchos otros escritores. Mas no hay tiempo. Lo haremos en otra oportunidad. Waldemar Bandeira, Sylvio Julio, Manuel Bandeira, Silva Lobato y algunos otros serán tema de una nueva conversación. Merecen un comentario amplio y aparte. Todos ellos son figuras de relieve y algunos, por su labor de publicistas, dignos del aprecio y del agradecimiento de los escritores rioplatenses.

La promesa de Morenza fué hecha con toda solemnidad. Tenemos la seguridad de que será cumplida. Afirmamos, por consiguiente, que la continuación de este relato irá en el próximo número. Así quedó convenido.

Mientras tanto, ahora que el sol perdió algo de su impulsividad, vamos a realizar una vertiginosa excursión por las playas. Para ello, por pura complacencia, lanzaremos a más de cien kilómetros el potente motor del Packard de disco rojo.

X...

LA SEXTA CONFERENCIA PANAMERICANA

Ha clausurado sus sesiones la Conferencia Panamericana. Su final es ya del dominio público. Es un final anodino. Ciertamente, no hay en ello sorpresa alguna. En rigor no podía ser otro. El Panamericanismo es, en sí, una cosa ineficaz, incolora, insubstancial. Por lo que respecta a la América Latina, es de una inocuidad evidente, indiscutible. No pasa de ser un pretexto para sostener un organismo burocrático, *dirigido* por norteamericanos en beneficio de norteamericanos. Nada más.

* * *

Para dar un matiz más engañoso a la falacia panamericanista, se promueven, periódicamente, reuniones como la que acaba de tener lugar en la Habana. En ellas se congregan unos cuantos señores y, con la mayor solemnidad, pronuncian, al dictado, grandes discursos protocolares, tan vacíos de sentido y de sinceridad, como el del Presidente Coolidge. Aprovechándose esas reuniones—algún fin han de llenar—para hacer, con la mayor seriedad, una serie de consideraciones abstractas, sobre principios, también abstractos, de Derecho Internacional. Cítanse, a tal efecto, el mayor número de textos. Los nombres de Maquiavelo, Bodin, Althusius, Pufendorf, Rümelin, Brentano y otros tratadistas famosos son barajados con no disimulada complacencia. Y como en el fondo no se persigue ninguna otra finalidad, todo ese fárrago de retórica jurídica queda flotando en el aire sin traducirse en nada práctico.

* * *

No obstante la circunstancia apuntada—que se viene repitiendo desde que al yanqui Blaine se le ocurrió la humorada de inaugurar en 1889 la primera Conferencia Panamericana—hay hombres que creen piamente en la bondad del Panamericanismo. Alentados por esa creencia, esperan siempre que de esas discusiones abstractas, sobrevenga, alguna vez, algún resultado positivo. Es claro que eso, por razones político-económicas fáciles de comprender, no ha ocurrido ni ocurrirá nunca. No importa. Ellos viven aferrados a esa esperanza. Ahora mismo, esos hombres, que desgraciadamente son legión, abrigaban la certeza de que en la Conferencia de la Habana, dando a un lado con tiquis miquis reglamentarios, se discutirían problemas de tan vital importancia como el de la *no intervención*. Esperaban, por consiguiente, que se le indicaría a los Estados Unidos la necesidad y la obligación de retirar inmediatamente las fuerzas que tienen destacadas en Nicaragua. Al pensar así, olvidaban el hecho esencial de que la reunión no estaba constituida

por representantes calificados de los pueblos latinoamericanos, sino por delegados de oficialismos sumisos a la prepotencia yanqui. Esto era, sin embargo, la realidad. El caso del Gobierno argentino, desautorizando la digna actitud de Pueyrredón, lo acredita acabadamente. A pesar de eso, y a pesar de que sus anhelos no han sido satisfechos, posiblemente esos buenos señores continuarán esperando, piadosamente, que el milagro se opere en otra ocasión. Ojalá sea así. Nosotros, mientras tanto, continuaremos, muy piamente también, admirando su buena fé; pero, como es natural, sin compartirla en lo más mínimo.

* * *

Aún suponiendo al pueblo y a los gobernantes norteamericanos animados de las mejores intenciones—lo cual puede ser posible, pero no seguro—creemos que los países de la América Latina, frente a los Estados Unidos, deben de estar siempre atentos y vigilantes. Sabemos que entre el pueblo norteamericano y el control de sus propios asuntos en Washington, se interpone una fuerza formidable. **No es el pueblo quien gobierna—ha dicho Wilson—. Los amos del Gobierno son los capitalistas y los manufactureros combinados.... El Gobierno de los Estados Unidos es al presente el hijo de leche de los intereses especiales. Un imperio invisible se ha establecido por encima de las formas democráticas. Estamos cojidos en medio de un sistema económico despiadado.** Esto decía Wilson antes de asumir la Presidencia. Los hechos han demostrado luego la enorme razón de sus palabras. El mismo, como gobernante, vióse más tarde obligado a realizar una política que repudiaba como simple ciudadano. Al comenzar su gobierno declaraba enfáticamente **que el capitalista americano que invirtiera fondos en el extranjero correría los mismos riesgos que los nacionales de los países «undeveloped»; que las fuerzas navales y militares de los Estados Unidos no protegerían más las inversiones imperialistas.** Sin embargo su política frente a Haití, Méjico, Santo Domingo y Nicaragua desmintió rotundamente sus afirmaciones. Los intereses bancarios e industriales fueron más, mucho más fuertes que su voluntad.

* * *

Repitiendo la fórmula de Elihu Root, los turiferarios del yanquismo suelen decir que el pueblo y los gobernantes de los Estados Unidos simpatizan con las aspiraciones de independencia y soberanía de los pueblos latinoamericanos. Quizá

sea así. Nosotros, sin embargo, lo dudamos. La prueba material de esa simpatía, no ha sido dada todavía. En cambio, de lo que no hay duda, es de que ese pueblo y esos gobernantes, que, según la categórica afirmación de Wilson, **están apriisionados en medio de un sistema económico despiadado**, son impotentes para refrenar la tendencias agresivas y absorbentes de sus clases plutocráticas. En una palabra: son juguete de las más desenfrenadas ambiciones imperialistas.

A despecho de las enseñanzas que brindan los acontecimientos hay todavía ingenuos que se hacen eco de las palabras de Coolidge y de Hughes en la Conferencia de la Habana, presentándolas como prueba y garantía de la buena voluntad yanquis. Vemos, en este modo de apreciar, exceso de candidez. Las palabras de esos señores no merecen crédito. Los hechos las están desvirtuando constantemente. La experiencia aconseja, por otra parte, no creer tan fácilmente lo que se nos diga. El lenguaje de los gobernantes norteamericanos ha sido siempre engañoso. Mc Kinley dirigiéndose al Congreso de la Unión en 1896, cuando preparaba la guerra con España, decía: **No hablo de una anexión por la fuerza en la que no se debe pensar. Esto, para nuestro Código Moral, sería una criminal agresión.** No obstante estas declaraciones dos años más tarde eran anexadas las Filipinas y Puerto Rico. Cuba, por virtud de la enmienda Platt, pasó a gozar de cierta independencia nominal, muy del gusto del italiano Orestes Ferrara, nacionalizado cubano y obsecuente servidor de los intereses americanos; pero repudiada virilmente por hombres de la talla moral e intelectual de José Varona, que defienden con dignidad, no solo la libertad de su país, sino la libertad de toda la América Latina.

Las manifestaciones de Coolidge y de Hughes, son manifestaciones de circunstancias: son declaraciones protocolares y tranquilizadoras de uso orriente y casi obligatorio en todas las reuniones panamericanas. Elihu Root empleó ya los mismos términos en 1906, con motivo de la Conferencia de Río de Janeiro. Esto, sin embargo, no le impedía decir en 1908 **que las causas que habían provocado la intervención en Cuba determinarían una acción similar en Haití o Nicaragua si los intereses americanos allí establecidos fueran de igual magnitud.** Y añadía, en tono casi profético: **los protectorados de Santo Domingo y Cuba no serán los únicos del mar Caribe.** Más tarde, en un discurso pronunciado en la Cámara de Comercio de Nueva York en 1912, formulaba ésta *tranquilizadora* y *sugerente* declaración: **Es cuestión de tiempo para que Méjico, la América Central y las islas del mar Caribe, que todavía no poseemos, queden completamente bajo nuestra bandera.** Manifestaciones como éstas salen a diario de los labios de prohombres

políticos americanos. Y lo malo no es eso: lo malo es que esas manifestaciones casi siempre están corroboradas por los hechos. Cuando así se expresan, es, justamente, cuando son sinceros. Sin embargo basta que se produzcan acontecimientos como el de la Habana, para que los manidos tópicos de solidaridad, cooperación y amistad de las dos Américas surtan el efecto deplorable de entusiasmar todavía a cierta gente.

Las ambiciones del imperialismo yanqui, tan claramente confesadas por el ex-secretario de Estado, Elihu Root, respecto de la América Central y Méjico, en vez de morigerarse se han agudizado después de la guerra. El poderío económico de los Estados Unidos adquirió, en los últimos años, un desarrollo fantástico. La mitad de la capacidad financiera del mundo, está en manos de banqueros norteamericanos. Son dueños del *utillaje* industrial más perfeccionado, y, su producción, aumenta en forma portentosa. Tienen *exceso* de riqueza. Esto les obliga a buscar campos propicios a la *inversión*. De ahí su creciente e immoderado afán de expansión. Ya no le bastan los países del mar Caribe. Necesitan extender más su zona de influencia. Al sur de Panamá hay pueblos de grandes recursos naturales. En ellos ven los ojos codiciosos de sus capitalistas, posibilidades tentadoras. Colombia, Venezuela, el Brasil, las repúblicas del Plata, Bolivia, Chile y el Perú son países adecuados para *las inversiones productivas*. En eso está, precisamente, el peligro. No se olvide que, según el concepto yanqui, anejo a *las inversiones va el derecho de intervención*. Coolidge ha dicho reiteradamente **que las inversiones necesitan ser protegidas; que las vidas y haciendas de los ciudadanos norteamericanos deben ser resguardadas.** ¿Qué quiere decir ésto? Sencillamente, que frente a la América Latina, gobernada, en general, por oligarquías fáciles al halago y más fáciles al soborno, se levanta, amenazador, el imperialismo inescrupuloso de estos nuevos cartagineses. Ahora bien; eso, agregado a la circunstancia de que los plutócratas americanos no realizan nunca sus especulaciones sin estar resguardados por el militarismo y el navalismo de la Unión, indica, claramente, la orientación a seguir. Tal orientación — ya la hemos señalado en otra oportunidad—debe ser de resistencia activa a toda penetración política o económica. Y en el caso concreto de la Unión Panamericana—patraña de puro cuño yanqui, aceptada servilmente por los gobiernos de la América Latina—debe encaminarse resueltamente a destruirla de raíz. De no hacerlo así, estamos expuestos a que, lo que hoy es solamente una simple agencia de negocios norteamericana, se convierta, mañana, en un formidable y peligroso organismo de espionaje y de intrigas diplomáticas.

J. L. MORENZA

cambio, es un paraíso abúlico y extático en el que agoniza encerrada en su sombrío mutismo una raza que fué muy grande pero que no atina a salir de un círculo trágico en que parece haberla abismado una vengativa divinidad. Una tristeza ancestral endurece las bocas, los ojos, y los brazos y paraliza la voluntad, que solo parece encontrar bárbaro estímulo en las grandes orgías de sangre. La Habana se transforma en una urbe moderna y suntuosa gracias a la afluencia de los turistas norteamericanos que llegan hasta ella en busca de su tibieza invernal y del alcohol de sus bares y cabarets, llenan sus ramplas y playas de lujosos automóviles, sin descuidar por eso los negocios por medio de los cuales se van apoderando de la riqueza de la isla: tabaco de su fértil « vuelta abajo », azúcar de sus desbordantes ingenios. De la prodigiosa Manathan en la que crece día a día la monstruosa vegetación de sus rascacielos, a una fábrica Ford en Detroit, nuevo santuario, mezquita maravillosa que atrae diariamente caravanas de peregrinos, al salto Niágara, o Cleveland, ciudad-vergel en la que se viene a buscar sedante reposo y remedio a los nervios superexcitados, a San Luis, orgullosa sobre una margen del gran Missisipi, ese viaje por Estados Unidos hecho en forma vertiginosa, como corresponde en aquel ambiente, tiene mucho de cinematográfico, de mecánico, de fantástico en el sentido de lo maravilloso y cambiante. Fácil es, hasta cierto punto, comprender y juzgar a ese pueblo desde que desborda todas sus energías hacia el exterior. Al revés el pueblo mejicano, reconcentrado y huraño, no entrega el secreto de su dolor y es necesario convivir con él y compenetrarlo mucho antes de poder juzgarlo.

« Por las tres Américas » es, pues, un libro bien escrito, variado y ameno que transparenta un temperamento sano, desbordante de la alegría de vivir; un libro sin pretensiones pero mucho más fuerte y enjundioso que otros escritos con vistas a la inmortalidad...

A. L.

« PALACIO SALVO ». — POEMAS

POR JUVENAL ORTÍZ SARALEGUI

Edición: « Casa A. Barreiro y Ramos S. A. » — Impresión: Peña Hnos. — Portada y ex-libris: Héctor Fernández y González.

Por suerte para nosotros empiezan a levantarse firmes figuras en el escenario de las modalidades nuevas. Juvenal Ortíz Saralegui, a quien personalmente no conozco, planta su « Palacio Salvo » en medio de la plazoleta de nuestra literatura. Y lo de plantar el rascacielo no es nada. La hazaña de Ortíz Saralegui es la de acodarse

en una de las más altas ventanitas y sonreír hacia abajo.

Ya ha terminado el niño su trabajo. Trabajo de poeta. Trabajo de niño. Porque el niño es lo único original que anda sobre el polvo de la Tierra. Libro de poco material; un poco alado; un poco esquivo; un poco arista para el espíritu de todos los días. Poco material y mucho cemento. Cemento cuajado en talento. Aristos de originalidad. « Palacio Salvo » de la literatura. Nuevo mirador para otear más lejos. Salpicado de ocurrencias 18 kilates y montado sobre 15 rubíes de insospechable procedencia.

Por suerte para nosotros empiezan a construirse firmes baluartes para resguardar las nuevas maneras. No porque las nuevas maneras teman el bis a bis con lo anticuado; sino para ahuyentar un poco el eco de los ladridos de los que, pelado el hocico de rastrear sombra de aviones, encuentran consuelo en salpicarnos con pulgas de mala intención.

Desde el comienzo, el libro de Ortíz Saralegui se le hace simpático a uno. Todo es grato: el papel, la forma de los tipos, la impresión nítida (un error: posillo por pocillo en el « Canto del primer vagabundo del café »), la falta de numeración de las páginas, la ausencia de índice, cierto desorden en la sucesión de los poemas. Todo es simpático, amable, impetuoso. Eso fuera del enorme valor poético de este libro pequeño que vale por lo que no valen los gruesos, los terribles libros de versos que uno ve, con horror, publicados a cada dos por cuatro.

Juvenal Ortíz Saralegui canta la vida tal como él la vé. Hay unos cuantos poetas que ya cantan la vida tal como ellos la ven. Frente a este número de cantores sinceros está el grupito — ¡ tan ridículo! — de los que tienen fórmula. Es decir, de los que se han ido pasando unos a otros una recetita, una especie de vidrio de colorinches al través del cual ven la vida. Y la ven igualmente idiota; la ven con los mismos consonantes. (El alma siempre en calma; si hay dolor tiene que haber amor; si pasan dos o tres siglos, enseguida aparecen los vestiglos; si va de sombrilla, será amarilla, irá por la orilla, se aposentará en una silla con... esterilla).

Estos de la fórmula, de la recetita, del vidrio, de los consonantes son los que hacen versos con andador. Lo rodean de unos andamios (métrica, ritmo, consonancia) y de ahí no se salen ni le dejan salir. Para ir por sí mismo es necesario tener motor. Ser motor y no acoplado. Generalmente el acoplado en los tranvías suele meter más ruido que el coche tractor. Pero todo se debe a que él quiere hacer creer que lo hace todo. Si estos señores quieren hacer una pequeña experiencia yo puedo proponersela: hagan traducir al idioma que más les plazca esos versos. En cuanto des-

aparece el consonante, ¡ páfate! aparece la médula del verso. Es decir, aparece el hueco donde debiera haber médula.

Mientras que, las composiciones poéticas hechas a base de sentimiento personal y de ideas originales (en las que el alma puede no estar en calma, por ejemplo) al pasar a otro idioma siguen llevando su fuerza, y como las palabras sólo sirven de caballete para soportar el cuadro del poema, resulta que el cuadro siempre está en exhibición cualquiera sea el soporte. Porque convingamos en que a los cuadros jamás les ha importado la calidad del caballete.

Ahora bien, si el caballete es todo... la cosa varía un poquito. Lo suficiente como para abominar de la composición que se nos brinda.

No vaya a creer nadie que nos enoja que haya quién escriba distinto a como debe escribirse. Por el contrario, nos parece muy bueno que así sea. Recuérdese que D. Quijote hacía rebotar en la cabeza de Sancho (que era el sentido común) los proyectos que iba diciendo en voz alta. Y éste le advertía con un aterrorizado grito cuando el Caballero Maravilloso iba a despeñarse por una de sus aventuras inmortales. Por éso me parece buena cosa tener donde reflejarse. « Llevar tablero », como dicen los chauffeurs. Cuanto más se enojen los del vidrio, más debemos persistir en nuestra actitud; más seguros estamos de que las cosas van saliendo bien. Bien para nuestro entender, que es lo único que nos importa.

Hecho este preludeo de distancia, sigamos leyendo las bondades y las acertadas de este Ortiz Saralegui, poeta por los cuatro puntos cardinales de su personalidad.

La brevedad intensa de los poemas de Ortiz Saralegui es uno de los méritos de « Palacio Salvo ». « Esquina », « Muchachos palermenses », « Matinal », « Reus Chico », « Por la escollera », « Poema de la muchachita geométrica », « Pan marino », « Poema del afilador », « Faro de Punta Carreta », « Charcos », son composiciones llamadas a perdurar! Son sorpresas, instantáneas de estados de espíritu del siglo XX; son buceadas legítimas dentro de lo artístico. Muestras traídas en la mano para demostrar que se estuvo adentro y no en la orilla. Y nada libresco. ¡ Eso es lo bueno!. Nada de Grecia, ni de Roma, ni de la pastora tal o cual, ni del arroyo que se queja, ni del dolor de ser amado. Pamplinas antiguas que se han ido repitiendo sin cesar; llegando hasta el caso de conocer poeta felicísimo que se hacía el llorón cuando escribía versos. ¡ Cómo para pegarle era el caso!.

El poeta, el verdadero poeta nuevo, no debe vivir en pose para que otros le miren. Debe retraerse. Debe dejar en paz su obra. Es inútil aclimatar una estupidez; de modo que por más cuidados que se le presten a una tanda de sonceras líricas, morirá de muerte de olvido a poco andar. El librito de Saralegui podrá no ser un muestrario perfecto de lo nuevo; podrá tener sus errores; sus parentezcos, sus « audacias ». Podrá tener todo éso y más aún. Poco importa. Obligar a un poeta a que sienta todas las cosas que canta con la misma intensidad es ponerle en trance de máquina. Ortiz siente — ¡ y aquí está su independencia! de hombre 1928! — como le dá la gana. A veces, hasta de mala gana.

* * *

Escribimos todos los renglones que anteceden hace ya mucho tiempo. Hemos conocido después personalmente, a Juvenal Ortiz Saralegui. Hemos hablado largamente con el poeta; hemos paseado en su compañía; hemos tolerado sus chistes. A más no podía llegar nuestra paciencia.

Después de haber trabado ese conocimiento, ratificamos cuanto habíamos dicho sobre su « Palacio Salvo »; — más, decimos ahora que su personalidad de café, de paseo, de visita, de conferencia, de chacota, es tan interesante como su obrita.

Inmensa prueba de valer es ésta. Hay hombres que, después de una tortura mental infinita, meten en un libro alguna cosa. Después quedan como saco vacío; desinflados, flojos, achatados. Todo lo pusieron en su libro; nada reservaron para abonar el espíritu en charlas y regocijos. Sentimos una infinita piedad por estos agotados.

Ortiz Saralegui tiene una ideal lozanía de espíritu. Es juguetón. Se ríe de las miserias humanas. Está un poco más acá del punto de llegada. Ya vuelve...

Y es un pibe. ¿ No le conocéis? Un muchacho apenas, casi rubio, regular estatura, gordo, trajeado de gris.

Terminamos estas páginas aconsejando la lectura de las páginas de su lindo libro. De ese libro que una vez indignó de tal modo a un desconocido señor, que nosotros no podíamos con la risa al leer las cosas que se le ocurrieron decir en « Imparcial ».

Lo dicho: cuanto más se enojan los de la receta, los del vidrio, los de la macana repetida, más y más seguros debemos estar del triunfo perdurable de nuestras obras.

ALFREDO MARIO FERREIRO.

HISTORIA DE "LA CRUZ DEL SUR"

Este artículo fué escrito a principios del presente año para "La Gaceta Literaria" de Madrid, en cuyo número 59, recién llegado, acaba de aparecer. Hemos creído oportuna su transcripción en nuestras páginas con alguna corrección y ampliación inevitables, ya que habiendo transcurrido unos meses más, nuestra historia se ha enriquecido con nuevos episodios.

Fundé «La Cruz del Sur», revista de arte e ideas, a mediados de 1924. Muy pronto van a cumplir cinco años, especie de mayoría de edad a la que no han alcanzado sino un reducidísimo número de publicaciones de esa especie. Sin anuncios previos, sin exposición de motivos, sin manifestaciones y hasta sin saludar a los «colegas», un buen día surgió, luciendo en su primera página un hermoso poema breve de Silva Valdés. Era un tiempo un poco oscuro aquellos. La juventud literaria y artística de Montevideo no se atrevía a plasmar ningún afán colectivo ni siquiera en nombre de personales intereses. De todas partes nos llegaba el eco múltiple de iniciativas ajenas, más o menos brillantes y efímeras, que comprobaban la existencia de una conciencia artística y de una energía gregaria. En Europa y en América, los muchachos se agrupaban para abrirse paso en ruidosos e indisciplinados batallones, fundaban cenáculos, editaban revistas, daban conferencias, escandalizaban, epataban. Entre nosotros, absolutamente nada. Sólo un grupo de artistas, casi todos pintores, se reunían noche a noche bajo el lema de «Tescos», alrededor de las mesas del «Turpi-Nambá», y de vez en cuando, Eduardo Diez nos regalaba algún «Boletín» prieto, denso, pesado. Fué entonces que, juzgando que en el Uruguay existía un núcleo selectísimo de escritores jóvenes capaces de prestigiar el nombre del país bajo cualquier latitud, y deseando dar una impresión de ese conjunto anarquizado, disgregado, me lancé sin saber hasta dónde podía llegar, a la penosa aventura de fundar una revista que pudiera dar idea de lo que nuestro país posee dentro de las más elevadas actividades literarias y artísticas. No se me ocultaban los obstáculos formidables que se opondrían a mi empresa, sobre todo: la impermeabilidad de un ambiente semi-culto, incapaz de comprender, y la mala voluntad empuñada y suicida de muchos literatos y artistas extraviados en un inequebrantable individualismo o entregados

a odios, rivalidades y disputas de comadres de bajo fondo.

A pesar de todo, «La Cruz del Sur» apareció, se ha sostenido hasta ahora, a través de todas las vicisitudes, y parece dotada de larga vida. Fueron mis principales colaboradores al principio, Jaime L. Morenza, Mario Esteban Crespi que fué el primer secretario de redacción, y Juan Mario Magallanes, en lo literario, y Fernández y González, Federico Lanau y Adolfo Pastor, en lo artístico. Sin interrupción salieron hasta seis números en aquel primer período de 1924, modestos cuadernos de diez y seis páginas en papel pluma. En ellos figura con colaboraciones inéditas lo más destacado de la joven intelectualidad uruguaya: Fernán Silva Valdés, Emilio Frugoni, Federico Morador, Orosmán Moratorio, Humberto Zarrilli, Montiel Ballesteros, Juana de Ibarbourou, Justino Zavala Muniz, Valeriano Magri, Casaravilla Lemos, Emilio Oribe, José Pedro Bellán, Julio J. Casal, Ildefonso Pereda Valdés, Pedro Leandro Ipuche, Parra del Riego, Juan M. Filartigas, Fusco Sansone, etc. Al llegar al sexto número enfermó, y no pudiendo proseguir tal esfuerzo, hubé de retirarme a descansar. Pocos meses después, en 1925, volvía a resucitar «La Cruz del Sur», duplicando el número de sus páginas y mejorando su presentación tipográfica. Magallanes asumió la secretaría de redacción; Lanau la dirección artística, y los hermanos Alvaro y Gervasio Guillot Muñoz, organizaron y dirigieron desde entonces una original e interesantísima sección francesa, escrita por ellos mismos y por otros uruguayos y franceses residentes en el país; Mlle. Christiane Fournier, Edouard Dutreil, etc., amén de algunas colaboraciones especiales enviadas desde Francia. Mi viaje a Europa, en 1926, impuso un nuevo intervalo, menos prolongado que el anterior. Estando en el viejo mundo tuve la alegría de recibir varios números de mi revista, al frente de la cual figuraban como directores literarios Jaime Morenza y los hermanos Guillot Muñoz, y como director artístico, Melchor Méndez Magariños. Casal, vuelto al Uruguay después de una larga estancia en La Rochelle, San Sebastián y La Coruña, y de adquirir justo renombre con su magnífica revista «Alfar», se incorporó también a «La Cruz del Sur».

Desde entonces, la dirección de la revista no ha sufrido otro cambio que el recientísi-

mo del alejamiento de Casal, que ha logrado editar nuevamente su «Alfar», después de un largo paréntesis de tres años. Parece ocioso decir que «Alfar» y «La Cruz del Sur» son revistas unidas por estrechísimos y fraternales lazos, y que ambas representan el momento artístico y literario del Uruguay.

«La Cruz del Sur», de acuerdo con el propósito inicial que le dió vida, no ha sido nunca una revista de círculo o grupo, destinada a imponer determinado credo artístico o literario. Han cabido y cabrán en sus páginas todas las tendencias auténticamente modernas, y en ese sentido no ha permanecido cerrada sino para los retrasados e inactuales, para los incapaces de percibir y sentir la palpitación de la belleza de la época, de vibrar sinceramente, ante los magníficos espectáculos que nos rodean, de crear nuevas armonías interiores, de señalar nuevas orientaciones plásticas. Su eclecticismo está perfectamente delimitado dentro de las corrientes del siglo cuyo parentesco es innegable, a pesar de divergencias aparentes que un sereno y desapasionado análisis es capaz de descubrir sin demasiado esfuerzo. En esa forma ha asegurado la persistencia y la regularidad de su ritmo y la fecundidad de su influencia. Otra de nuestras preocupaciones capitales ha sido la de ofrecer una revista uruguaya, es decir, en la cual figuren lo menos posible transcripciones, traducciones y hasta colaboraciones extranjeras. No nos guía en esto un estrecho criterio de nacionalismo literario, sino el deseo de construir una publicación que sea el exponente de nuestra capacidad artística literaria y cultural. Es relativamente fácil hacer revistas con recortes de otras publicaciones; pero esas revistas

no podrán ser consideradas sino como estilogos promiscuos elaborados con materiales usados o de segunda mano. También «La Cruz del Sur» está abierta a las grandes discusiones filosóficas, sociales, continentales y mundiales de nuestro tiempo, profesando sus directores la más avanzada religión democrática, abominando todas las tiranías, y sintiéndose soldados de ese gran ejército que prepara, con el levantamiento de la nueva ciudad fraternal, días mejores para la humanidad.

Finalmente, «La Cruz del Sur» se ha organizado también en sociedad editora, de modestísimos alcances y absoluta ausencia de capital. Lleva ya publicados los siguientes libros: «La Salamandra» y «Don Juan, derrotado», comedias en tres actos, por Carlos Salvagno Campos; «Lejos», verso, por María Elena Muñoz; «Misaime sur l'Estuaire», verso, por Gervasio Guillot Muñoz; «El Rosal», cuentos, por Luis Giordano; «La guitarra de los negros», y «Cinco poemas negres», versos, por Ildefonso Pereda Valdés. «Raza ciega», cuentos, por Francisco Espinola; «Odas vulgares», verso, por Enrique Bustamante y Ballivián; «El hombre que tuvo una idea», cuentos, por Alberto Lasplaces; «Interpretaciones esquemáticas sobre la historia de la conquista y la colonización española en América», por E. Péguit Muñoz. «El hombre que se comió un autobus», versos por Alfredo M. Ferreiro; «Concreciones» por Carlos Benvenuto, «Suicidio frustrado», por Luis Giordano. Alfredo M. Ferreiro, José M. Podestá y Luis Giordano se han incorporado recientemente al cuerpo de redacción de la revista.

ALBERTO LASPLACES

LE CORBUSIER EN MONTEVIDEO

"Ce sentiment moderne est un esprit de géométrie, un esprit de construction et de synthèse. L'exactitude et l'ordre en sont la condition."

Le Corbusier (Urbanisme)

Eduardo Jeanneret, más conocido bajo el nombre materno de Le Corbusier, es la encarnación integral del Espíritu Nuevo, el esteta más representativo de la compleja esencia del siglo XX, el dinamismo creador orientado hacia todas las certezas del presente y hacia todas las contingencias del porvenir.

Demoledor desaprensivo y eficaz de todo lo caduco, adversario irreductible de todos los repetidores que usurpan posiciones, de todos los retrógrados que predicán la copia, de los que no tienen otro ideal estético que el de los kioscos de exposiciones internacionales, de los que sueñan con las molduras sin objeto, de los consumidores del bazar de los lugares comunes, de los lacayos que especulan con el engreimiento y la chatura del arte oficial, de los aprovechadores de la gangrena de la rutina. Le Corbusier es la acción vivificadora de la lógica y de la construcción, el infatigable investigador del impulso y devenir de la urbe contemporánea, el descubridor de las soluciones inmediatas y remotas de la estética, el espíritu afirmativo que llega a dar el enfocamiento de las metrópolis futuras, el arquitecto que conoce el trasplano de la vida y que ha mostrado con toda justeza la posición de los iconoclastas y la de los iconolatrás, después de haber establecido que la arquitectura "es un sistema del espíritu que fija en un modo material el sentimiento resultante de una época".

• • •

Un auto que trae pasajeros desde el aeródromo de Melilla se detiene cerca de la plaza Constitución: las cuatro portezuelas se abren a un tiempo, el coche se vacía y vuelve a arrancar sin perder un instante.

En el grupo de los recién llegados está Le Corbusier. Es rubio, alto, erguido, rojo de cara, de silueta ágil y ojos gris celeste. Usa anteojos de carey, tiene hombros anchos, parece gran caminador. Habla con llaneza, voz opaca, tono flemático y una apariencia de lentitud. Todo lo que dice es claro, geométrico, sin ambages, con pocos gestos, usando imágenes cazadas al vuelo.

Su argumentación es de una acuidad y

solidez capaces de hacer rebotar cualquier especie de objeción. Su dialéctica, penetrante e irresistible. No teme la polémica y sabe preparar el debate alejando toda posibilidad de mal entendido, haciendo un ajustado y esquemático planteo de la cuestión.

En posesión de una cultura integral, de una lógica irrefutable de una técnica segurísima, de una inteligencia alerta, Le Corbusier ha encontrado el ideal realizable, concreto y eminentemente práctico de la urbe nueva.

En su conversación por la calle o en la mesa del café, Le Corbusier da una ampliación puntualizadora de lo que ha teorizado en sus escritos, y muestra hasta qué extremo su saber es hondo y su espíritu flexible.

Le Corbusier es un incomparable autodidacta, pues no ha estado jamás sometido a ninguna disciplina universitaria o académica, ni siquiera ha pasado bajo el yugo de Beaux-Arts, que, sin embargo, es con toda seguridad y a causa de sus métodos de enseñanza, el menos insoportable de los yugos.

En París, durante muy pocos meses, asistió a cursos técnicos que pronto abandonó para cultivarse y formarse solo, emprendiendo al mismo tiempo un aprendizaje heroico de la vida y del oficio. Fue entonces que al realizar sobre lo vivo una experiencia de la libertad, por encima de los prejuicios escolares de la enseñanza oficial; al someter — cartesianamente — los datos recibidos en otros días a una prolija revisión antes de aceptarlos como verdaderos o rechazarlos como falsos, encontró un método y normas forjados por él mismo, que le indicaron nuevos caminos hormigueantes de perspectivas y otros puntos cardinales, más orientadores que los que inculca la enseñanza consuetudinaria.

El maestro más sólido que tuvo fué, sin duda alguna, Augusto Perret.

Seducido por la lectura de Sitte, pronto reaccionó contra el concepto de la curva y de lo pintoresco urbano sostenido por el urbanista vienés.

Las demostraciones ingeniosas de Sitte, al principio lo impresionaron hondamente, pero esas teorías, aparentemente justas, fueron atacadas por Le Cor-

busier, pues vió que ellas estaban fundadas exclusivamente en el pasado y eran en el fondo falsas y superficiales.

Le Corbusier ha sido el creador del urbanismo vivo. Adaptó a la arquitectura el principio purista que destierra en absoluto la ornamentación y en general todo lo inútil, todo lo que no es más que accesorio para pedir a la lógica y a los volúmenes las soluciones estéticas racionales. "El arte de Jeanneret, dice Mauricio Raynal, tanto en pintura como en arquitectura, vale por su distinción plástica, su nobleza de líneas y por su sobriedad en la cual la emoción está tal vez demasiado sistemáticamente desechada, pero que no carece de grandeza".

Conociendo íntimamente el movimiento literario nuevo Le Corbusier habla con hondura de los valores más representativos de la época. Elogia entusiasmado a Proust, a quien ve como el prototipo del buscador cósmico, Valéry, Gide, Delteil, Morand, Breton, Mauricio Raynal. Sus observaciones sobre la poesía nueva son de una originalidad y un acierto notables. Ellas informan suficientemente sobre su discernimiento crítico, sobre su amplitud de miras, sobre el alcance de su sensibilidad.

Hace una historia sumaria de *L'Esprit Nouveau* y explica las dificultades de la publicación de esta importantísima revista internacional de la actividad contemporánea, fundada en 1920, en aquellos tiempos en que el espíritu de nuestro siglo todavía no había alcanzado más que pocas ventajas en su encarnizada lucha contra el conservatismo inhibitorio. Pablo Dermée — director de este alto exponente de la estética moderna — triunfó en su empresa gracias a la cooperación orientadora del gran urbanista. De este modo *L'Esprit Nouveau* dió unos treinta números, todos con un material incomparable; fué la revista más completa de cultura moderna que haya aparecido, la que tuvo mayor radio de acción de todas las publicaciones contemporáneas, y la que, sin ninguna especie de duda contribuyó de modo más directo al afianzamiento y a la difusión del nunitismo.

De Ozenfant, Le Corbusier, prefiere no hablar.

Es enojoso recordar que después de haber estado estrechamente ligado a ese legítimo esteta, Le Corbusier se apartó de él debido a desavenencias muy serias surgidas entre ambos artistas.

Ozenfant, en parte por estar orientado, como teorizante y como pintor, por el purismo picassiano, en parte tal vez por exceso de egolatría, no supo reconocer

todo lo que debe al genial creador de la metrópoli contemporánea.

Cuando apareció *L'Art décoratif d'aujourd'hui* — título insignificante que Le Corbusier eligió provisionalmente para bautizar uno de sus libros fundamentales escrito con objeto de atacar la exposición del año 25 — la crítica parisien se primero y la europea después, se sintieron conmovidas por la audacia de conceptos y la novedad auténtica de esta obra que empieza con una demolición y termina con afirmaciones constructivas.

Valéry, tan parco en elogios, tan abrumado por el cotidiano bloqueo de cartas y libros que le llegan de todas las latitudes, escribió una página entusiasta a Le Corbusier — antes de conocer personalmente al urbanista, y llevado por un sincero impulso de adhesión a la estética lecorbusiana — en la que le expresaba su admiración por *L'Art décoratif d'aujourd'hui*.

Ante los Dioramas del "Plan Voisin" de París, y del de "Une Ville Contemporaine de trois millions d'habitants" exhibidos en el pabellón de *L'Esprit Nouveau* en la exposición del año 25, Blaise Cendrars hizo un inolvidable elogio de estas dos obras urbanísticas que dieron súbitamente celebridad a Le Corbusier en Francia y en Europa.

No viene mal recordar aquí el incidente a penas creíble que tuvo lugar en esa exposición cuando Le Corbusier, en colaboración con su socio el arquitecto Pierre Jeanneret, se pusieron a levantar el pabellón de *L'Esprit Nouveau*. Después de múltiples dificultades, estos dos artistas unidos por el vínculo del parentesco, por una comunidad ideológica y por el mismo afán de hacer triunfar una nueva dirección de la estética, consiguieron una parcela de terreno que sirvió para construir su pabellón. Sin embargo, algunos arquitectos que habían sido célebres cuarenta años atrás y que en 1925 disfrutaban de todos los honores y privilegios académicos con que habitualmente se recompensa a los que cultivan el arte oficial, esos arquitectos achacosos continuadores del estilo uniforme y de la fachada a base de recetas, se opusieron a la instalación del pabellón de *L'Esprit Nouveau* y trataron de hacer cerrar el local que Le Corbusier y Pierre Jeanneret habían adquirido con tanto sacrificio y toda legalidad y probidad. El cierre de ese pabellón implicaba la expulsión irremediable de los artistas que allí exhibían sus obras, es decir, el destierro de Le Corbusier y Pierre Jeanneret de la exposición internacional de artes decorativas.

El grupo de arquitectos viejos que intentaron esta arbitrariedad o mejor dicho este atropello, estaba formado por católicos ultra conservadores que no querían tolerar el advenimiento de una modalidad estética en desacuerdo con lo que ellos habían realizado en otros tiempos, ya lejanos, en que las circunstancias de la vida no exigían una arquitectura diferente de la de Luis XVI o de la del Imperio.

Estos arquitectos, energúmenos reaccionarios, escoltados por algunos acólitos y sacristanes de la escuela de la rutina, llegaron en masa ante el pabellón de L' Esprit Nouveau para intimidar a los dos arquitectos jóvenes que allí trabajaban. Fué entonces que Le Corbusier y Jeanneret salieron a la puerta del pabellón y respondiendo a las palabras hinchadas de altanería y truculencia profesadas por los pelucones, hicieron contra estos tales acusaciones y mostraron tal decisión y coraje que los cobardes asaltantes tuvieron que retirarse vencidos bajo un aguacero de insultos. Le Corbusier los desafió allí mismo a todos, pero los reaccionarios pusieron pies en polvorosa, limitándose a amenazar con solicitar una intervención de la policía. Le Corbusier y Jeanneret quedaron esperando que se produjeran los acontecimientos, resueltos a no entregar el pabellón que tan legítimamente les pertenecía. La fuerza pública no acudió sólo porque Francia es una República libre y civilizada.

Los conservadores se vengaron estableciendo a fuerza de dinero — única arma con que contaban — una serie de pabellones delante de L' Esprit Nouveau con objeto de asfixiar la obra de Le Corbusier y de evitar que los visitantes de la exposición conocieran la existencia de ese foco de arte libre y fuerte que tanto difiere de los calcos, poncifs y copias de los ultraconservadores.

Pero todas las maquinaciones de los "pompiers" fracasaron rotundamente y el pabellón de L' Esprit Nouveau tuvo un éxito firme, sin necesidad de reclame ni de dinero, sin recurrir a pregoneros asalariados ni a speakers embaucadores. Fué un éxito hondo, sin alardes ni barullo, el éxito verdadero que en nada se parece a ese logro fugaz y demasiado fácil que se apoya en estridencias.

Los "pompiers", recelosos del avance, de la libertad y de la inquietud creadora que se gestaban en el pabellón lecorbusiano, envidiosos de la victoria del Espíritu Nuevo, no supieron demostrar más que la capacidad de ser energúmenos, de perder toda corrección a pesar de lle-

var títulos y condecoraciones, y revelaron una incalificable falta de hombría ante la actitud combativa de los jóvenes.

Lo que va de ayer a hoy! Le Corbusier que en el año 25 era discutido y hasta negado con ensañamiento y mezquindad, es hoy el urbanista de mayor autoridad y prestigio, el arquitecto que cuenta con amigos y admiradores en todas las ciudades cultas de los cinco continentes. Elogiado con entusiasmo por todos los espíritus libres y conscientes del destino del arte, es de todos los maestros jóvenes el que ejerce más firme ascendiente sobre los artistas contemporáneos que ven más lejos. Tal es el destino de los grandes valores: al principio se les discute o se les niega, y la incomprensión general los rodea y amenaza aplastarlos con su burla inferior o con su indiferencia hipócrita. Pero llega un momento en que ganan las élites, se imponen y acaban por triunfar definitivamente ante el asombro, la cólera, la envidia o la confusión de los que en un tiempo los denigraron.

No hay que olvidar sin embargo, que aún en el momento de la exposición de artes decorativas, Le Corbusier había ganado a su causa a ciertos industriales, políticos y artistas que habían actuado a fines del siglo pasado, pero que no obstante eran capaces de sentir el valor de la lógica y de la construcción del urbanismo lecorbusiano.

Voisin, más comprensivo y resuelto que Peugeot y Citroen, no vaciló en dar su nombre para el plan de urbanización del centro de París presentado por Le Corbusier y en propiciar las iniciativas del pabellón de L' Esprit Nouveau.

El ministro Monzie que inauguró oficialmente el pabellón el 10 de julio de 1925 dijo textualmente: "Como representante del Gobierno me complazco en afirmar aquí la simpatía que el mismo tiene por tales esfuerzos; un gobierno no debe permanecer extraño a las investigaciones que se han practicado en este local."

Entre los arquitectos jóvenes de Francia, Alemania, Austria, Rusia, Europa Central, Estados Unidos, Le Corbusier es el faro que desde París hace las señales indicadoras y aporta las soluciones concretas sobre líneas, superficies, volúmenes, circulación urbana, extensión y ubicación de Parques, fisonomía y sentido de la ciudad y de la vivienda.

En sus conversaciones a través de la ciudad, en medio del rodar de neumáticos de todo tamaño y del ajeteo de la calle, Le Corbusier insistió con toda sagacidad sobre los principios cardinales de su urbanismo. Volvió a plantear con claridad

didáctica y método seguro aquello que él llama "El camino de los asnos y el camino de los hombres", analizando los apogemas y escolios más agudos que formula en esa parte del libro y comentando aquello de "El hombre camina derecho porque tiene un objeto: sabe a donde va, ha decidido ir a alguna parte y va derecho hacia ella". Hizo consideraciones a propósito del zig-zag del andar del asno que ha trazado ciudades; sobre la línea recta que "está en toda la historia humana, en toda intención humana, en todo acto humano"; sobre los casos de aplicación de la línea curva en terreno accidentado, y sobre lo pintoresco de ese tipo de calle. Por ahí siguió con una glosa ampliando los conceptos que emite en su capítulo sobre "el orden", y subrayó aquella definición: "el ángulo recto es el instrumento necesario y suficiente para actuar puesto que sirve para fijar el espacio con un rigor perfecto".

Con un formidable acopio de datos suministrados por la estadística — "el Pegaso sobre el cual el urbanista se eleva para hacer sus creaciones" — estudió el hecho de la circulación urbana: "Las capitales no tienen arterias, ellas no tienen más que capilares; el crecimiento marca su enfermedad o su muerte". Encaró la manera de descongestionar el centro, de acrecentar las superficies arboladas; insistió con nuevos argumentos sobre la necesidad de construir al aire libre y enfocó desde un punto de vista distinto al que toma en su libro, la solución de la velocidad, confirmando el principio medular del capítulo "L'heure du travail": "La ciudad que dispone de la velocidad dispone del éxito". Explicó las razones de la ciudad-jardín, de la "libertad por el orden" en el caso concreto del apartamento que realiza "la ordenación lógica de las células". Hizo perfilados comentarios sobre el paisaje urbano y al abordar ese tema reveló ampliamente su arte de componer, su sentido de la armonía y de la proporción, la noble corriente de su lirismo, su afán de realizar con dignidad y con ajuste geométrico.

Al señalar las diferencias entre el ingeniero y el poeta puso en evidencia su envergadura de ensayista, su capacidad para remontarse a lo general, su devoción por la exactitud matemática, su original concepto de la vida, de la creación estética, de la función de la ciencia, de la finalidad de la técnica.

Le Corbusier que dice "yo no soy más que un arquitecto, un técnico" lleva en sí un poeta capaz de refractar todo lo que en la naturaleza hay de inasible y de re-

cio, de comunicar las exactas y líricas conexiones de imágenes que le aparecen en lo más hondo del espíritu, y darlas en una creación auténtica, íntegra, enderezada por la geometría, penetrada por la frescura que viene de la tierra con árboles.

Pero además Le Corbusier es un pensador. Un pensador que jamás olvida el sentido del eje. Cuando discurre sobre la vida, el hombre, la aventura de la estética, la poesía, el cálculo, el orden, el movimiento, el alcance de lo geométrico, da una confirmación irrecusable de su probidad intelectual, de la seriedad de su cultura vastísima, del vuelo de sus meditaciones, de la fecundidad de sus experiencias.

Cuando dice que de la vida "medimos el resplandor por un descendimiento profundo a la esencia de las cosas" se ve al urbanista que pasa de lo técnico a lo ecuménico, y que a fuerza de encontrar soluciones con cemento y geometría, se eleva hasta pensar en la base del urbanismo, en el hecho biológico, en una especie de "ímpetu vital", punto de partida para comprender todo acto humano, toda norma directriz que se proponga ordenar el espacio.

Los que creen que Le Corbusier es solamente versado en los hechos de la civilización contemporánea tendrían motivo de sorprenderse si lo oyeran hablar de los clásicos, de los góticos, de los griegos, del romanticismo, de los orientales. Lo que dijo sobre Pascal, Voltaire, Rousseau, Blondel, Mansart, Gabriel, Soufflot, el Partenón, el siglo XIX revelaba un conocimiento total de la historia del arte y del pensamiento, una visión exacta de la realidad histórica.

La conversación sobre la "ciudad contemporánea" fué particularmente viva. Como en el correr de un film desfilaron los "lotissements à redents", la estructura del rascacielo, el examen de la capacidad cinemática de las grandes arterias, la explicación de cómo de los ferrocarriles nació la gran ciudad, la ubicación de la estación con plataforma de aterrizaje para aviones-taxis, del aeropuerto para aero-taxis, del autodromo. Para aclarar las explicaciones dibujaba a toda velocidad en las servilletas de papel sobre la mesa del bar, siluetas de edificios, planos de barrios, cortes longitudinales de una gran arteria, esquemas de ciudades-jardines. Hizo un elogio del dinamismo desde el punto de vista de la técnica, del trabajo y del rendimiento y confirmó el principio que formula en su libro: "Las ciudades que no se adaptan rápidamente a las condiciones nuevas de la vida moder-

na serán ahogadas". Después de analizar el hecho objetivo de la ciudad, de justificar aquella definición con que se abre el libro sobre urbanismo: "La ville est un outil de travail, la mainmise de l'homme sur la nature", y de defender su tesis del lirismo urbano, de la ciudad fuente de poesía, de la ciudad como creación, expuso sus observaciones sobre el modo con que las cuestiones fundamentales del urbanismo van preocupando cada vez más, en las ciudades cultas, a los ediles, arquitectos y políticos dirigentes. "El urbanismo es aquello sobre lo cual se organiza nuestra existencia". En esta amplia definición cabe todo: dentro del problema urbanístico están contenidos los problemas sociales, educacionales, higiénicos, demográficos, culturales, económicos, los de la vivienda, los de la estética, los de la técnica, es decir, toda la actividad contemporánea. Por eso tiene razón Le Corbusier al afirmar que dentro de poco nadie podrá escapar a las cuestiones ardientes que diariamente plantea el urbanismo y que éste habrá puesto en juego tales intereses que una parte importante de la actividad técnica e industrial le estará consagrada.

Los adversarios de Le Corbusier, no sabiendo ya cómo hacerle la guerra, llegaron hasta calumniarlo, hasta presentarlo como un iconoclasta sin discernimiento, un demoleedor sistemático sin respeto por el pasado, un nihilista de los más terribles. Esta calumnia es inofensiva, pues basta oír hablar a Le Corbusier o leer sus libros para darse cuenta inmediatamente de la falsedad de esta burda acusación.

En el manifiesto que acompañaba al Diorama del Salón de Otoño de 1922, Le Corbusier escribió: "París espera de su época el salvamento de su vida amenazada, la salvaguardia de su hermoso pasado, la manifestación magnífica y poderosa del espíritu del siglo XX". En el "Plan Voisin" de urbanización del centro de París respeta religiosamente: la plaza Vendôme, el Palais Royal, los dos Garde-Meubles de Gabriel, la Magdalena, la Opera, el Teatro Fracés, la puerta St. Denis y la St. Martín, es decir, la totalidad de edificios o monumentos históricos que se encuentran dentro de la zona cuya urbanización se proyecta.

Los principios cardinales del urbanismo lecorbusiano ya tienen circulación y arraigo entre aquellos que poseen la inquietud de lo que es la ciudad y se preocupan por las medidas edilicias que actuarán decisivamente sobre el desarrollo de una urbe. Sería de una utilidad indiscutible que los municipios de las ciudades

nuevas, en las que casi todo está por hacerse o por trazarse, tuvieran un conocimiento directo de la alta enseñanza de Le Corbusier. Es indispensable que la totalidad de los ediles de esas ciudades flamantes se den cuenta cabalmente de la responsabilidad enorme que ellos tienen, ya que en parte el destino de la urbe depende de lo que resuelvan los ayuntamientos. Es urgente que en las escuelas de arquitectura de los países conservadores se modifiquen los métodos, se modernice la enseñanza y se dé cabida a libros como *Urbanisme, L' Art décoratif d'aujourd' hui, Vers une Architecture, La Peinture Moderne, Almanach d' Architecture moderne*, obras de una densidad auténtica, rebosantes de sugerencias, aportadoras de ideas claras de lo que es el orden, la creación estética, la técnica.

Si en América los municipios y los arquitectos hubieran tenido desde un principio la noción de lo que es un conglomerado urbano, las ciudades del Nuevo Mundo no hubieran sido defectuosas, no se hubieran hecho a la deriva, no habrían consumido energéticas en caminos equivocados, en callejones sin salida.

• • •

Invitado por la Facultad de Arquitectura, Le Corbusier dió en el Salón de Actos de la Universidad dos largas conferencias, en las que condensó en lo posible lo más sustancioso de sus escritos.

Ante los oyentes se muestra con la sencillez que tiene invariablemente. Considera que el conferencista debe usar las palabras de todos los días y hablar con la llaneza inherente al hombre que desprecia el empaque y la "postura".

Con pocos gestos, explica prolijamente los enunciados de sus principios, la génesis y aplicación de sus soluciones urbanas o arquitectónicas. Lápiz en mano dibuja y habla al mismo tiempo. Traza esquemas y gráficas con carbonilla y tizas de diversos colores: rojo, azul, verde, amarillo. Cuando termina un dibujo lo cuelga en una cuerda que atraviesa el estrado de un extremo a otro. Sus dibujos tienen soltura de rasgos y firmeza constructiva. La mayoría de los numerosos diapositivos que hace proyectar es la ilustración de alguna de las síntesis rigurosas con que termina y condensa un análisis técnico.

La primera conferencia que dió en la Universidad versó principalmente sobre la arquitectura moderna. En ella, estudió hondamente una solución encontrada por él para la vivienda de clima frío: le toit renversé. Al investigar las causas de los

trastornos ocasionados en las casas de techo de doble agua en los Vosgos; al observar el efecto imprevisto producido por la calefacción central en dichas casas cuando la nieve que se ha depositado sobre los techos no se ha derretido todavía; al ver los inconvenientes de las filtraciones del agua procedente del techo que humedece las paredes y hace inhabitable esa vivienda, Le Corbusier hizo experiencias para remediar ese mal y obtuvo un medio de evitarlo de una eficacia indiscutible: el techo invertido con un caño que puede pasar por el eje de la casa, encajado en la pared y cuyo objeto es el rápido desagüe de la nieve derretida antes de que filtre o humedezca las partes elevadas y medias de la casa. Esta modificación estructural de la vivienda, dictada por la técnica, trajo consigo un estilo nuevo, es decir, una solución estética.

Le Corbusier se mostró partidario decidido de la azotea: "No pueden Vs. imaginarse hasta qué extremo una azotea es noble, lógica, alegre y por añadidura conforme al clima de Montevideo. Encuentro absurdo que se construyan casas con mansarde en este solar que no conoce las nieves ni los rigores del clima frío. La mansarde es un despropósito en esta ciudad. Seguramente los arquitectos que la hicieron conocer aquí eran personas de muy poco gusto y de escaso sentido de la arquitectura que se dejaron seducir por una moda funesta de imitación servil de todo lo europeo. La imitación es una cosa muy mala (esto no me cansaré de repetirlo por más que sea ya una verdad averiguada) y cuando la imitación es incondicional y sistemática llega a ser una de las más terribles calamidades. No me cansaré de celebrar el techo plano y la terraza y de acusar la buhardilla exótica en Montevideo y que informa sobre un absurdo contrasentido y sobre una repetición mezquina de lo que otros hicieron en otras tierras con otra finalidad y otras razones".

Subrayó luego las ventajas de toda índole que presenta la casa-jardín en sus formas más realizables y más nuevas; mostró los beneficios que la arquitectura puede sacar de la intervención del vegetal en la vivienda; indicó la valoración cromática y de composición que se obtiene en casas cuya azotea-terraza y pisos intermedios están manchados con árboles y flores.

Lanzó un anatema contra lo que él llama "plano paralizado" señalando los irremediables defectos de ese tipo de dis-

tribución de la casa y a continuación hizo un alegato a favor de lo que él llama "plano libre", el cual consigue una solución técnica, de rendimiento y de rapidez incontestable. Encaró luego lo que para él es el "drama de la arquitectura", es decir, el conflicto entre la luz y los macizos.

Le Corbusier mostraba esquemas sorprendentes, con los que fortalecía su lógica argumentación y la seducción de sus ideas. En esos dibujos y proyecciones se podía seguir la evolución de la vivienda en su camino de simplificación. Para llegar a esa difícil solución de elementalidad, de economía rigurosa, de densidad de valores arquitectónicos, el artista ha estudiado no solamente los materiales sino los factores de clima, las posibilidades de adaptación, las circunstancias de medio espacial y de localidad, las condiciones higiénicas en todos sus aspectos, las complejidades de los problemas sociales y económicos. En sus investigaciones técnicas se ha servido de la estadística, del laboratorio, de las leyes físico-químicas. Así encontró las soluciones para la vivienda, tanto de clima frío como de clima tórrido, por medio de elementos malos conductores del calor, preparados especialmente por una sabia disposición de la ventilación, de acuerdo con una temperatura calculada y constante, y por medio de una proporción adecuada entre las ventanas y los macizos. Las experiencias hechas por Le Corbusier en Rusia lo llevaron a la supresión de la calefacción, al empleo de grandes vidrieras por donde entra un máximum de luz solar. Estas vidrieras (formadas de vidrio doble, traslúcido en la parte inferior, y que encierran una zona de aire con objeto de aumentar la mala conductibilidad térmica) se pueden practicar gracias a la utilización de potentes vigas de cemento y pueden ocupar la casi totalidad de la superficie de una pared. Aquí, Le Corbusier insiste en todo lo que puede dar el cemento, en cuanto a soluciones técnicas y aportes arquitectónicos. La supresión de la calefacción y los procedimientos de ventilación, en los inmuebles destinados a escritorio, mediante una continua renovación de aire, por la cual se obtiene una temperatura constante de 18° en el interior del inmueble, constituyen soluciones de un valor indiscutible, que han de cambiar del modo más radical la habitación urbana, la estructura del building y aún la casa de campo. En Rusia, los arquitectos y ediles del Soviet se han interesado vivamente por esas aportaciones lecorbusianas que tanta aplicación han de te-

ner en ese país en que todavía el invierno es uno de los graves problemas que hay que resolver.

En lo que habló de arquitectura moderna, a pesar de haber encarado su conferencia desde un punto de vista técnico, demostró poseer, además de las altas calidades del arquitecto, un sentido profundo de la psicología del hombre contemporáneo y de la psicología colectiva. Lo que al pasar observó sobre el trabajo y el descanso, el hedonismo, la depresión y el hastío, era tan agudo y sugerente que sólo con una gran experiencia del trasplano de la vida en los grandes centros urbanos se puede llegar a formular escolios tan perfilados y tan vivos.

Terminó la conferencia con una rápida glosa sobre lo que él llama una aventura:

"La aventura: un camino que se toma y no se sabe a dónde va a salir. La arquitectura es una aventura apasionante. Buscando se encuentra siempre alguna hendedura, aún cuando ésta sea casi imperceptible. Es el primer paso. Pronto se verá que por la rajadura entra un rayo de luz. Trabajando, por ahí se hace caber la mano, y cuando pasa la mano pasa el brazo, la cabeza y el cuerpo todo entero. Es la liberación. La búsqueda es siempre fecunda. La arquitectura y el urbanismo son puertas abiertas.

"Todo se ha dicho sobre la lógica en la arquitectura, pero es preciso inculcar a los arquitectos la idea de que los materiales de que dispone ese arte han cambiado, se han simplificado y tienen una nobleza tan digna como la de los materiales del pasado. Los materiales nuevos son una búsqueda, una aventura que hacen que la arquitectura sea un devenir incesante como la vida."

La segunda conferencia fué sobre urbanismo. En ella Le Corbusier atacó la calle corredor, el encajonamiento, la asfixia de las metrópolis populosas que no tienen arterias sino capilares, donde la circulación se hace penosa y en donde se producen continuamente embolias de tráfico.

Señaló el error de los ediles que para remediar esas congestiones paralizantes recurren a procedimientos irrisorios y tímidos, meros paliativos que suelen ser contraproducentes al poco tiempo de ser empleados. Los ediles no van a atacar el mal en su causa por indolencia, pusilanimidad o ignorancia de la etiología de esos trastornos urbanos que son de los más inhibitorios para la actividad ciudadana.

"Urbanizar es valorizar", afirma repe-

tidas veces Le Corbusier, pensando en el temor que algunos municipios tienen a la expropiación.

"Repito que hay que matar la calle corredor, las calles sin esperanza". (En ese momento Le Corbusier escribe en una de las grandes hojas de papel de dibujo clavada en uno de los caballetes: "Il faut tuer la rue corredor", para que nadie se olvide de este mandamiento de su urbanismo orientado hacia el espacio y la libertad).

"El urbanista debe tener presente los datos de la meteorología y los consejos de la rosa de los vientos. La corriente de aire debe ser estudiada con el fin de evitar sus serios inconvenientes y también de sacar de ella el rendimiento máximo. No hay que olvidar la relación que debe guardar la dirección, frecuencia e intensidad de los vientos con la disposición de la planta urbana. La asfixia de las metrópolis populosas se manifiesta hasta en los árboles. En París, hace poco, los castaños de los Campos Elíseos, debido a la enorme combustión de nafta y aceites de los motores de autobuses, camiones, autos y motos, se secaron totalmente y fué preciso arrancarlos de las espaciosas aceras de la avenida. Los parisienses que no están acostumbrados a ver entornos de árboles, asistieron sorprendidos y taciturnos al transporte de los enormes castaños asfixiados por el amontonamiento de la metrópoli. Este hecho, indudablemente triste, informa sobre el aire que cargan los pulmones de los habitantes de París y sobre lo que ocurrirá con la salud de los hombres que viven apretados en cubos de piedra, en aire confinado y sobresaturado de nafta."

Habló de modo sintético de los urbanistas occidentales para llegar al caso concreto del centro de París, y a continuación expuso sumariamente las soluciones que aportó con su plan Voisin en la exposición del 25.

"Los grandes urbanistas del pasado no pudieron medir la trascendencia de las obras que dejaron. Los romanos comprendieron antes que nadie el valor de la geometría para la urbanización y el bien estar; por ejemplo: Pompeya.

"Luis XIV y sobre todo Colbert, que con los romanos fueron los grandes urbanistas de Occidente, no pudieron calcular ni imaginarse las consecuencias de los caminos de Francia que ellos hicieron trazar. Alguien ha hablado de la previsión de los clásicos. No es por pre-

"visión que Colbert hizo los caminos de
"Francia: en el siglo XVII no se podía
"prever que un día se inventarían los
"automóviles. Ese ministro educado en
"el orden, en el trabajo, en una activi-
"dad continua y variada, construyó la
"red espléndida de carreteras de que
"ahora se sirven los autos y camiones
"de toda Francia, porque quiso hacer las
"cosas bien, con dignidad. Y así hay que
"hacer en la vida, y así deben sentir los
"urbanistas. Las rutas que en el siglo
"XVII Colbert mandó construir para que
"por ellas pudieran transitar el caballo,
"la carroza, la carreta y la diligencia,
"han llegado a ser las actuales carrete-
"ras por donde ruedan a toda velocidad
"los neumáticos de los autos que reco-
"rren Francia de un extremo a otro.

"Napoleón I y Napoleón III tuvieron
"también el sentido del urbanismo. Haus-
"smann previó bastante, pero dejó mu-
"cho por hacer. Los ediles de hoy deben
"olvidarse de los métodos de Haussmann
"y llegar a soluciones más radicales.

"Los parisienses esgrimen una razón
"sentimental cuando se oponen a la des-
"trucción del centro de París, es decir,
"a la urbanización urgente de esta me-
"trópoli. Pero se olvidan de que París
"mató a Lutecia, Notre Dame a la Cité,
"el Louvre a St. Germain l'Auxerrois, el
"París clásico al París gótico, los gran-
"des bulevares de Haussmann al París
"romántico de Balzac...

"La Torre Eiffel mató a París, y sin
"embargo, ahora, la torre Eiffel es Pa-
"rís."

• • •

Le Corbusier, rodeado de arquitectos y amigos, recorría a pie las calles de Montevideo, observaba todos los detalles de la edificación y de la circulación y al mismo tiempo hablaba de la estructura que debe tener una urbe contemporánea. La conversación se animaba al tocar el tema del delineado y al sonar los nombres de Hegemann, Camillo Sitte, Viollet-le-Duc, May, Walter Gropius, Marcel Mayer, Haussmann, Eiffel, Monier el inventor del cemento armado y el industrial bordelés Frugès. Después de pasar revista a los arquitectos y urbanistas nuevos, Le Corbusier hizo reparos a la obra de Jansens y a la de Peter Behrens, con quien trabajó en sus comienzos en calidad de dibujante. Juzgó a ambos maestros con altura y extraordinaria comprensión, y puso en estos juicios esa firmeza activa y comunicadora que es uno de sus rasgos más salientes.

Habló de su enemistad con Peter Behrens, nacida a raíz de una huelga del personal de este arquitecto. Le Corbusier, defensor desinteresado de los trabajadores a quienes el mencionado arquitecto pagaba salarios de hambre, organizó y dirigió el movimiento de protesta que llegó a ser una huelga enérgica y tenaz.

En la plaza Independencia pulverizó el mal gusto del arquitecto Palanti y dijo del Palacio Salvo: "Si no viniera de ver el insoportable bodrio que se llama Palacio Barolo, fealdad máxima de la avenida de Mayo y de Buenos Aires, me hubiera sorprendido más aún todo lo que exhibe de abyecto este increíble mamarracho que Vdes. tienen que aguantar como una irremediable calamidad pública."

Alguien citó en ese momento lo que Jean Aubry dijo del Palacio Salvo: "c'est l'accouplement monstrueux de l'américain et de l'italien; c'est de la pâtisserie italienne". Le Corbusier se sonrió y afirmó: "es una definición exacta." Y después de mirarlo con una burla desdeñosa agregó: "al ver la salchichería que sirve de decoración a la fachada de este noble edificio, las molduras carnavalescas que trepan hasta la torre y las rosas adiposas que se cuelgan de la planta baja y del primer piso, encuentro que el Palacio Salvo es algo bufo, c'est rigolo."

Después de este juicio sobre Palanti, Le Corbusier hizo un elogio de todo lo que Montevideo tiene de luminoso en su cielo, sus playas, sus arboledas.

Deambulando, explica soluciones técnicas, recuerda anécdotas de sus andanzas por otras ciudades, pone a descubierto algunas de las aventuras de su espíritu, reflexiona sobre los problemas que le preocupan:

Los aficionados a la "estética más completa", picoteadores de libros doctrinarios, lectores de resúmenes de manifiestos artísticos, compradores de revistas de arte barato y con traje nuevo, son para mí personajes sumamente peligrosos y enemigos en extremo majaderos. Esos pseudo-estetas, que hablan con desenfado de Platón, Bergson o Hegel (a los que sólo conocen a través del grueso cristal de las vidrieras de las librerías), no hacen más que deformar torpemente lo que yo digo en mis libros con toda claridad.

De esta manera he visto que ciertos críticos me atribuyen un gusto y un orden sajón o germánico en materia arquitectónica y urbanística. Aunque no siento ahora la germanofobia que padecí como buen francés hace diez años, no puedo so-

portar la imbecilidad de esos críticos que pretenden encontrar "un marcado espíritu alemán" en mis concepciones estéticas. Nadie es más francés que yo: por nacimiento, educación, origen, tradición de familia y por todas las razones por que debo serlo. Pero también soy latino. La manera con que encaro el urbanismo es hasta cierto punto coincidente con el trazado y con el orden latinos, y está en evidente oposición con el plano germánico. Mis antepasados eran del mediodía de Francia, naturales de Albi (una región que nunca se desvinculó de la latinidad), y allí mismo fueron perseguidos cuando la cruzada de los albigenses por los fanáticos inquisidores y por los caballeros semi-bárbaros que venían del Norte de Francia y de Alemania.

• • •

—Qué opina V. del fallo del jurado para el Palacio de la S. D. N.?

—Ahora no me sorprende nada lo que me han hecho, puesto que resolvieron anular el fallo del jurado técnico para tener en cuenta otro emitido por diplomáticos ignorantes que nada entienden de arte. (Aquí me refiero especialmente a los ingleses). Me pidieron que modificara la fachada, es decir, que hiciera un edificio de repostería, y yo me negué a ello. El proyecto aceptado es un plagio del que yo presenté, sobre todo en la disposición interior.

—¿Y el pleito al plagiario?

—La S. D. N. me detuvo muy sencillamente. Me pasó una nota diciéndome que no admitía pleitos que vinieran de particulares. Eso es muy cómodo para los señores de la S. D. N., pero no dejaré de insistir.

Hay muchas especies de luchadores en la vida, de buscadores que se aventuran por cualquier camino para lograr lo que se proponen. Yo he sido y sigo siendo, un luchador incansable, pero siempre he ido por la ruta libre, bien expuesto a la luz y a la mirada de todos. He detestado y detesto el jesuitismo, y he recibido tanto ataque de los componentes de la orden fundada por Ignacio de Loyola o de los educados por ellos que he llegado a comprender toda la verdad que encierra la idea que del hombre se ha hecho ese admirable poeta uruguayo que fué Lautréamont. Pero estoy convencido de que cierta clase de misantropía es fecunda para la creación artística.

Si yo tuviera blasón, es decir, si yo fuera un fantoche como cualquier noble que por un grotesco anacronismo todavía

usa un título y toma en serio su nobleza (desde el de rey hasta el de barón), tendría como lema de ese blasón: "Le monde est sans pitié", inscripto debajo de un corazón atravesado por un mandoble.

Aunque justamente los jesuitas me han hecho despreciar, en cierto sentido, a mis semejantes, o a cierta clase de ellos, no por eso soy misántropo ni me he dejado llevar por el pesimismo derrotista e inhibitorio; al contrario, cada vez estoy más seguro de que los buenos principios, tarde o temprano, triunfan indefectiblemente.

Yo he vivido siempre para luchar. La lucha ha sido para mí casi mi medio específico. Cuando niño, en las montañas del Jura, donde nací, junto a la frontera de Suiza, luchaba contra las terribles borrascas del invierno, hundido hasta medio muslo en la nieve. Luchando contra los elementos pude templar mi voluntad inquebrantable; por eso estoy acostumbrado a no admitir claudicaciones ni manoseos.

• • •

MI VIAJE A AMÉRICA DEL SUR es toda una aventura. El contacto con la Argentina, el Paraguay, el Uruguay y el Brasil, será para mí una experiencia nueva.

—¿Qué opinión se ha formado V. del ambiente de Buenos Aires en cuanto a arquitectura y urbanismo? O más exactamente, ¿cree V. que entre los arquitectos de Buenos Aires hay realmente una inquietud por los problemas fundamentales que la civilización contemporánea ha creado a la arquitectura y al urbanismo?

—Creo sinceramente que no. Por algunos comentarios que llegaron hasta mí, sobre las conferencias que di en la Facultad de Arquitectura y en "Amigos del Arte", tengo que suponer que los arquitectos porteños no viven en nuestra época, no sienten la arquitectura y el urbanismo modernos ni se preocupan por ellos. Una serie de hechos, discursos, actitudes reaccionarias y miasmas de conservatismo que pude conocer en Buenos Aires, me inducen a sospechar que los arquitectos de esa ciudad están al margen del espíritu nuevo. Esto es inexplicable y decepcionante, pero es así.

De la Argentina no tengo más que una idea vertiginosa deducida de algunas referencias y estadísticas que me fueron comunicadas, y de un vuelo en avión hasta el Paraguay en un aparato Latécoere que inauguró la línea de Buenos Aires a la Asunción. Sin embargo creo haber agarrado la fisonomía de la Argentina.

Aquí Le Corbusier hace una pequeña digresión para explicar porqué siempre que puede viaja en aeroplano, hace consideraciones sobre la dictadura de la velocidad, sobre la estética de la máquina voladora; señala las diferencias entre los aparatos franceses, alemanes y americanos; habla de motores con evidente competencia; toca el problema de la mecánica y vuelve al tema del viaje al Paraguay.

La mayor parte de las poblaciones argentinas que vi desde el avión me dieron una impresión penosa de miseria y atraso. En cambio, la Asunción me pareció una ciudad jubilosa, lozana, una ciudad encantadora, de una alegría simple, soleada, hormigueante de colores vivos y frescos, todos compatibles entre sí y ligados por el verde frenético de los árboles tropicales.

—¿Y cómo lo recibieron los paraguayos?

—Los paraguayos no saben que yo existo, y menos aún que fui a visitarlos, y por lo tanto nadie me esperó en el campo de aterrizaje. Allí me presentaron al ministro de Finanzas del Paraguay, el cual me preguntó qué es lo que yo podía aconsejarle en cuanto a urbanización de la Asunción. A ese buen ministro le dije, sincera y categóricamente, que los paraguayos no precisan cambiar nada en materia de urbanismo; que en la Asunción se respira un aire feliz y un bienestar ingenuo y reposante, y que esta ciudad risueña no tiene por qué modificarse en lo más mínimo de acuerdo con trazados urbanísticos, pues ella está hecha como para la vida que allí se vive. Ante el estupor del ministro tuve que repetir lo que acababa de decirle y asegurarle que toda ciudad que responde a las exigencias de su propia actividad, es decir, que cumple normalmente sus funciones vitales, es una ciudad que no precisa nada porque ya lo tiene todo.

La magia de la Asunción son las flores. Hay flores en todas las casas, en los jardines, en las macetas que se alinean en las ventanas o sobre las azoteas.

No pueden Vdes. imaginarse qué artistas son los paraguayos, qué sentido de la naturaleza demuestran tener y qué bien entienden la íntima relación que existe entre la arquitectura y el vegetal.

De lo que dijo de la Asunción se desprende que Le Corbusier no quiere un sólo tipo de ciudad, una urbe uniforme para todas las latitudes. En ningún instante se le ocurrió echar abajo toda la capital paraguaya para fundar en lugar de ella una ciudad al estilo de su "Ville contemporaine" que fué concebida por

Le Corbusier para responder a otro ritmo de actividad, a otra magnitud de energética urbana.

En el Uruguay veo que se vive bien, que la vida es un deleite; aquí se percibe un espíritu deportivo, un no sé qué ágil y robusto, una aptitud afirmativa, un empuje consciente y de buena ley. Todas estas virtudes que he podido encontrar en mi rápido aunque cordial paseo por las calles montevidéanas creo que se deben en parte a la ausencia de taras religiosas, de prepotencia sacerdotal, de casta militar, de todas esas abominables calamidades que todavía agobian a las falsas repúblicas americanas de la cuenca del Pacífico.

La libertad bien templada del pueblo montevidéano es de una calidad tan superior que serviría de ejemplo a los leaders avanzistas más auténticos de Europa. Hay una serie de hechos — que son más que meros indicios — que me hacen creer que la orientación política y tarea gubernativa de este país han aportado el civismo y han podido poner un dique a las fastidiosas y ridículas pretensiones de los pelucos.

Durante mis viajes desde Madrid hasta Moscú, desde Berlín hasta Sud América, no he visto ningún grupo de dirigentes, en materia arquitectónica, como el de la Facultad de Montevideo. El equipo de arquitectos de aquí tiene un espíritu, posee realmente dinamismo, educación en la libertad, juventud realizadora. Es reconfortante encontrar hombres jóvenes como el arquitecto Leopoldo Carlos Agorio, desempeñando tan dignamente el puesto de Decano y dedicado a un profesorado tan noble como fecundo; a Juan A. Scasso, tan firmemente orientado, que ocupa la Dirección de Paseos en medio de un parque encantador; al arquitecto Amargós, a quien conocí en París y del cual pude apreciar enseguida la seriedad intelectual. He visto también trabajos muy agudos e interesantes en el taller de Mauricio Cravotto, joven profesor de urbanismo que se entrena con éxito para un concurso monstruo.

Habló también con simpatía de Daniel Rocco, a quien conocí en Madrid, de Ciurich, de Carlos Herrera Mac Lean, a quien conocí en Buenos Aires, y de todos los estudiantes de arquitectura que, provistos de ejemplares de obras de Le Corbusier, fueron a saludarlo y a pedirle un autógrafo. Manifestó gran sentimiento al no poder visitar, por falta absoluta de tiempo, la Facultad de Arquitectura, en donde se había preparado una recepción en su honor, y en donde lo esperaban to-

dos los profesores y estudiantes.

Las conversaciones que he tenido con Agorio me bastan para formarme la mejor idea de lo que han de ser los métodos de enseñanza, la orientación pedagógica, la índole de los trabajos del alumnado y el espíritu que imperan en la Facultad de Arquitectura de Montevideo.

Al visitar el taller de Amargós y Rius, Le Corbusier elogió el boceto que estos arquitectos hicieron para el Instituto de Odontología y con el que han ganado el concurso de proyectos para ese edificio y admiró el trabajo para el H. de Clínicas.

• • •

Aquí, en esta ciudad, no existe por ahora la urgencia de solucionar el problema del urbanismo, pero es preciso prever las congestiones futuras. El Concejo Municipal de esta ciudad ha tomado dos medidas acertadísimas que merecen ser celebradas sin ninguna reserva: la pavimentación y la circulación de autobuses. El travía es un vehículo antiguallero que está mandado retirar por no prestarse a la vida urbana; en las grandes ciudades, desde hace años, ha sido suplantado por el autobús. Hay que tener siempre presente el caso de Buenos Aires. Es doloroso ver cómo esa capital — que es indudablemente una gran ciudad y que cuenta con enormes recursos — se asfixia por falta absoluta de sentido urbano. Difícilmente puede encontrarse una ciudad tan torpemente trazada como Buenos Aires. Allí no hay belleza ni bienestar. Es una lástima que los argentinos no vean que es indispensable aumentar el volumen de los pulmones de Buenos Aires, ensanchar las calles para que tenga arterias que permitan la libre circulación urbana. El comercio, la vida entera se van a paralizar en Buenos Aires si se dejan las cosas en el mismo estado de congestión y de hacinamiento. El dinero que los porteños gastan en edificar palacios rastacueros de muy mal gusto lo deberían emplear en la urbanización lógica y estética de esa ciudad en donde hay tanta calle corredor, tanta calle sin esperanza. Los argentinos tienen miedo de usar la cirugía urbana. Todo esto lo he dicho en Buenos Aires.

Aquí en Montevideo, el plantel de arquitectos nuevos es en extremo consciente y está llamado a zamarrear a los "pompiers" para llevar a cabo la revisión y la reorganización urbana.

Si los grandes arquitectos del pasado vieran la chatura rutinaria con que los "pompiers" repiten, manosean y plagian servilmente las obras maestras que esos

grandes arquitectos nos han legado, estoy seguro de que fulminarían a los repetidores como a gusanos.

Vdes. que tienen espíritu deportista (lo cual me parece excelente), deberían inaugurar un deporte nuevo: la guerra a los anquilosados del arte y de la política. Les aseguro que sería en extremo saludable.

En los jóvenes arquitectos uruguayos veo una inquietud comparable a la que tienen los colegas de Moscú o de Praga, dos ciudades netamente representativas del temple y de los valores de nuestro siglo.

En lo poco que he visto de la pintura uruguaya he encontrado dos creadores de verdadero relieve: Pedro Figari y Méndez Magariños. Ambos artistas han conseguido crear algo sólido que nada tiene que ver con las tarjetas postales iluminadas por los cursis.

—¿Qué opina Vd. de la creación de los Parques Escolares de Montevideo?

—Es un proyecto magnífico. Si se lleva a cabo, Vdes. podrán ofrecer al mundo entero una realización soberbia de altas proporciones sociales y humanas. Esta obra marcará una etapa pedagógica y será decisiva para el destino de la cultura y de la raza del Uruguay. Aunque haya adversarios encarnizados de los parques escolares y timoratos que tiemblen de miedo ante la originalidad auténtica de ese proyecto, no importa: ellos quedarán en una situación tan mezquina y ridícula como los adversarios de Pasteur o de Galileo ante la ciencia actual. Repito que tengo la certeza de que los buenos principios triunfan después de las luchas que provocan. Esto forma el eje del credo de mi optimismo actuante.

La realización del proyecto de los parques escolares implicará, además de las soluciones fundamentales ya vistas, la supresión radical de la escuela instalada en un local cualquiera, en una casa que puede estar metida entre casas, ahogada en una calle sin esperanza. Guardo un recuerdo tedioso de mi pasaje por la enseñanza primaria, porque la escuela que frecuentaba era una casa situada en plena ciudad, sin nada de lo que puede atraer y suavizar a un niño. Acabar de una vez por todas con ese tipo de escuela inhumana, que guarda traidoramente un enjambre de niños en una sala que puede ser pequeña, sombría, triste, deprimente y hasta húmeda y malsana; acabar de una vez por todas con la esclavitud, la prisión o el destierro del niño y acercarlo a la naturaleza, es

decir, devolverlo al espacio y a los árboles de donde educadores torpes e inexorables lo mantenían desterrado con el pretexto de educarlo, es la misión que cabe cumplir a los parques escolares. Libertar al niño en esa forma es una victoria y una magia.

Evidentemente, la gloria de este país, el orgullo nacional de Vdes. es el avance en todas sus formas y con todo su alcance. A pesar del poco tiempo que he pasado en Montevideo he podido darme cuenta de que aquí existe un medio de espíritus libres, una fuerza legítima y actuante, una decisión orientada y realizadora.

• • •

—¿Qué opinan los rusos del urbanismo y de la estética de Le Corbusier?

—Después de un malentendido sin importancia como consecuencia de una superficial interpretación de mi "Ciudad contemporánea para tres millones de habitantes", puedo asegurar que los rusos están de acuerdo conmigo, prueba de ello es que el Soviet me ha encargado la construcción del Centro Soyus, gran edificio para las oficinas de los sindicatos de la ciudad santa de Rusia. Me alegra tener obra en Moscú; me alegro de ello tanto más cuanto que tal encargo parte de un gobierno socialista. Me fastidiaría, por ejemplo, que los fascistas me alabaran. Creo que el hombre que se dice "esprit nouveau" debe serlo de una manera integral, es decir, debe poseer ese espíritu nuevo en materia estética, política, social, lo mismo que frente al hecho de la religión o en medio de las radiaciones vitales o en el codeo áspero de los hombres. El izquierdismo parcial me parece anodino. Hay que tener el espíritu orientado hacia el porvenir — quiero decir bien orientado, estirado por todas las experiencias posibles. Hay que estar resueltamente embarcado en el avance.

Cuando regrese a París y me instale en mi rincón de la calle de Sèvres, voy a dirigir un film en el cual expondré mi "Plan Voisin", mi "Ciudad contemporánea", mis concepciones del futuro. Si los artríticos saltan de miedo ante la exhibición de ese film, tanto peor para ellos.

—¿Cuales son las ciudades que necesitan una urbanización más radical?

—Las yankees, Buenos Aires, las ciudades que han llegado a ser hormigueantes conservando el trazado medioeval y caótico de los tiempos en que se fundaron; en fin, todos los conglomerados urbanos que se sienten congestionados y

todos los que han sido planeados por el pisar de los asnos y no por el camino de los hombres.

Inmediatamente, todos los presentes nos acordamos de aquello que dijo el director de Brown de Nueva York ante el Diorama de 1922: "Dentro de doscientos años, los americanos vendrán a admirar las obras razonables de Francia moderna y los franceses irán a sorprenderse de los rascacielos románticos de Nueva York".

Súbitamente nos vino la idea de Nueva York ciudad antigualla, asfixiada por su trazado añejo; Nueva York ciudad pasadista y anti-moderna que el urbanismo lecorbusiano haría volar de un extremo al otro.

—Ya saben ustedes lo que pienso de la línea curva, en qué casos la admito. El uso absurdo que de la calle curva se ha hecho en Alemania ha sido en parte acentuado por un movimiento mal orientado por Camillo Sitte.

Creo sinceramente que la tristeza de los argentinos, de que tantas veces he oído hablar, estriba precisamente en la asfíxia urbana y en las calles sin esperanza de Buenos Aires. Allí todo el mundo tiene que sufrir al andar a empujones y al perder tiempo por esas calles angostas atestadas de circulación maciza. La gente tiene que ser triste en esa ciudad porque además no puede recrear la vista con casas tan anti-estéticas como las de la Avenida de Mayo.

La conversación hizo un viraje y tomó el tema de la estética del ingeniero, de la "standardisation", de los "tres llamados a los Sres. Arquitectos", de la ley Loucheur, de los límites o alcances de la estética y la dinámica.

Le Corbusier que ha "humanizado" la arquitectura, que ha puesto en el urbanismo una seriedad creadora, una profundidad hecha de hombría, un coraje sostenido, manifestó su desprecio por la noveletería y por la frivolidad. Anatematizó a los falsos clásicos, a los fomentadores de sensiblerías perniciosas, a los impostores que especulan con los estilos, a los embaucadores que se escudan en la arqueología. Fulminó a todos aquellos que se dicen fieles del culto de lo clásico y traicionan el arte del pasado con la chatura de la Academia y las erudiciones inútiles.

Habló de la vivienda y del hombre; de la choza del salvaje, de la tienda del nómada. Hizo croquis y comentó grabados de casas construídas por él. Este momento de la conversación bastaba para ocasionar la derrota de los enemigos de Le Corbusier que han pretendido inculcar entre los que no conocen directamente la

obra del genial arquitecto una desconfianza por el tipo de vivienda que él ha creado.

Los que puedan temer que ese tipo de casa sea una especie de páramo, con demasiadas superficies desnudas, árido para el espíritu, quedarían del todo tranquilizados si vieran con que magia la luz inunda los interiores de la casa lecorbusiana, si oyeran hablar a Le Corbusier sobre lo que debe ser un living-room, o sobre lo que la arquitectura tiene que hacer, por el reposo, la intimidad y la vida del espíritu.

Aquella definición que en 1921 dió Le Corbusier de la casa: "la casa es una máquina para vivir", creó una serie de mal entendidos y discusiones acaloradas. Más tarde, el mismo Le Corbusier queriendo explicar la definición precedente dijo: "la casa debe satisfacer tanto al cuerpo como al espíritu". Nuevas polémicas surgieron a propósito de esta explicación sobre un concepto de la vivienda. (De la anterior definición y de la explicación de la misma habla Le Corbusier en la carta que sirve de respuesta a los editores de "Artes decorativos").

Rumbo al puerto y ya al final de la conversación, Le Corbusier habló de la urbanización de Buenos Aires y de Montevideo. Las dos capitales del Plata deben modificar su eje central y desplazarse.

La primera hacia Avellaneda y hacia la Boca, transformando esos dos núcleos urbanos en bases y centro de la metrópoli argentina. (De este problema algo expuso en la segunda conferencia). Nuestra ciudad, en cambio, no debe urbanizarse por medio de rascacielos sino por una edificación lógicamente escalonada que vaya bajando de lo alto de la cuchilla grande hasta las orillas norte y sur de la península. De tal manera todos los habitantes pueden, desde cualquier punto de la ciudad, tener vista hacia el mar y hacia las lejanías.

Con esta disposición urbana nadie se asfixiaría con la presencia de edificios ilógicos y atentatorios. Le Corbusier se pronuncia contra los inmuebles que sin guardar una moderada altura se levantan en el sitio menos apropiado quitando vista y limitando el paisaje.

Para Montevideo, Le Corbusier encuentra como solución urbana la construcción de edificios que llegarían hasta el mar, (edificios ideados por él y que llama "rasca-mares"), los cuales se ubicarían en la zona contigua a la bahía y en la que da a la rambla Sur. Esto sería la solución racional y al mismo tiempo pintoresca e individualizadora de la urbanización de Montevideo. Esta idea que le fué sugerida a Le Corbusier por la vista panorámica de la ciudad desde el cerro o desde el puerto, ha sido desvirtuada y erróneamente interpretada por algunos comentarios de la

prensa. Así, se ha dicho que le Corbusier quería edificar la Ciudad sobre el Cerro, lo cual es una confusión pues cuando el urbanista empleó la palabra *Colline* no se refirió al Cerro sino a la Cuchilla Grande que cruza la Ciudad de E. a O. La solución de urbanización de Montevideo que se basa en la topografía, en las perspectivas de la Cuchilla Grande y de la bahía, y que adopta en lugar de rasca-cielos "rasca-mares" es otra prueba de que Le Corbusier no quiere un tipo único de ciudad, un urbanismo uniforme.

• • •

En el puerto, rodeado de sus amigos, Le Corbusier espera la llegada del hidroavión que lo llevará en una hora a Buenos Aires

Las gaviotas al sol intensifican la luz de la bahía. Toda la Ciudad se aviva bañada en esa claridad transparente que despierta las lejanías y marca con crudeza los volúmenes próximos. El hidro acuatiza y parte casi enseguida. Le Corbusier saluda desde el interior del biplano que se aleja vertiginoso, se eleva y desaparece detrás del Cerro.

El rastro de los flotadores persiste en el agua durante unos minutos.

Algunos días después Le Corbusier, invitado por los arquitectos y urbanistas Cariocas para dar conferencias en Río, pasa por Montevideo a bordo del "Giulio Cesar" que va rumbo al Brasil. Desde el puente del transatlántico domina la ciudad montada sobre la cuchilla y dice lleno de convicción: "Realmente, esta capital es tan simpática y me encuentro tan bien bañado en su luz que hasta me reconcilio con el impresionante bodrio de Salvo. Desde aquí no distingo la salechichería que lo adorna, o mejor dicho que lo aplasta, de manera que el coloso no me lastima la vista.

El arquitecto C. A. Herrera Mac Lean observa muy exactamente a propósito de la manera de escribir del urbanista:

"La palabra de Le Corbusier está en perfecta armonía con su credo. A una teoría nueva un verbo nuevo. A una nueva inquietud un nuevo ritmo de la frase. Así, plena de la nueva pujanza, destructiva y creadora, construye por axiomas. Es gráfica, es casi palpable. Suena rudamente. Y así, como a veces la prosa canta musical, la de Le Corbusier grita como una máquina. Defensor del poder avasallante del maquinismo — lejos de todo sueño Ruskiniano — crea con su palabra la mejor máquina de convencer. No se siente un rozamiento en su argumentación. No hay elementos perdidos, no hay adjetivos inútiles.

Todas las piezas cumplen su finalidad.

Y este motor perfecto llega sin esfuerzos aparentes, sereno, a su objeto. Destruye lo viejo y convence de lo nuevo." (Artículo titulado "La nueva arquitectura y las teorías de Le Corbusier", publicado en un Suplemento de la Nación de Buenos Aires.)

Efectivamente Le Corbusier al escribir tiene un estilo arquitectónico inconfundible: sus apotegmas son columnas, sus aforismos tienen la solidez de un macizo, sus ideas abren perspectivas como un ventanal, sus principios centrales son como vigas de cemento. Todo ajustado; exacto, liso, sin que sobre nada pero tampoco sin que nada falte. Todo colmado, sin desperdicios, fuerte por todos lados. Su exposición es ordenada y construida, se apoya en cimientos de conceptos y de experiencias, se levanta junto a ejes de argumentación incommovible.

El arquitecto Amargós en un vibrante y entusiasta artículo titulado "Le corbusier genial renovador" y publicado en "Crónica", dice:

"Se suele calificar a Le Corbusier de revolucionario. Yo quisiera que el público se habituara a considerarlo más bien como un "genial renovador", que con los mismos elementos de que todos disponen él crea organismos llenos de vida y expresión, que nadie había sabido crear hasta hoy, y que aún muchos,—tal vez una gran mayoría,—no saben todavía interpretar.

La idea de revolución,—aunque ésta sea bienhechora,—la simple palabra "revolucionarios", suele intimidar a los espíritus moderados, quienes instintivamente asumen una actitud reservada, recelosa y prevenida, contra estos elementos "perturbadores del orden", y que encarnan para ellos el espíritu nefasto de la anarquía y la subversión.

Sin embargo, juzgadas severamente las cosas, se advierte fácilmente que Le Corbusier no destruye la obra de los arquitectos contemporáneos de espíritu conservador y tradicionalista, pues es sencillamente *imposible el destruir lo que ha nacido muerto*, lo que nunca sintió en su entraña el calor de la juventud, ni el ardor de la vida propia, ni se agitó al soplo animador del arte, ni conoció en sí la belleza. Le Corbusier, es simplemente un gran constructor, un luchador de temple y un espíritu fecundo y audazmente creador.

Su teoría es íntegra; como motor blindado, en block, invulnerable, que no admite utilidades parciales, ni graduaciones caprichosas; o se la admite integralmente o se la rechaza en absoluto, pero no se la puede utilizar a conveniencia. La arquitectura que de ella se deriva, constituye un conjunto orgánico, indivisible, que desde el espíritu que la concibe, el sistema constructivo en que se apoya, los materiales que utiliza, hasta los sentimientos plásticos que sugiere, todo tiende a provocar esa sensación de armonía perfecta, y ese estado de ánimo de expansión interna, de alivio espiritual que experimentamos ante la obra de arte animada de vida actual".

El ingeniero Federico E. Capurro en un claro y didáctico estudio titulado "El urbanismo de Le Corbusier" publicado en la

"Revista de Ingeniería" escribe: "Pero de todas sus consideraciones (se refiere a las de Le Corbusier), de sus doctrinas terminantes, aparecen dogmas irrefutables, ante los cuales ábrese nuestras ideas, sintiéndonos animados a obrar con más amplitud de miras, con más criterio previsor, libres de las vacilaciones, de las desesperantes obsesiones en que nos ahogamos impresionados por la magnitud de los problemas".

El señor Angel Guido, en un erudito artículo, aparecido en "La Prensa", se empeña sin ningún resultado en buscar antecedentes a las teorías arquitectónicas de Le Corbusier. Para ello recurre primero a Rambosson, uno de los críticos más pompiers que pontifican en las columnas de los cotidianos parisienses: "no es siempre fácil determinar el pensamiento exacto de Le Corbusier", afirma en "Comoedia" este incomprensivo, llegando a decir que el orientador de la estética nueva "siente placer en disimularse en una frondosidad de conceptos tan diversos como oscuros, expresando afirmaciones a menudo vagas, a veces sorprendentes y hasta contradictorias".

Citar la opinión de Rambosson es tan poco eficaz y convincente para este caso como transcribir los comentarios de Léandre Vaillat aparecidos en "Le Temps". Es innegable que los principios lecorbusianos perfectamente tangibles y de una claridad cabalmente lograda, escapan por completo al acartonado señor Rambosson. No cabe mejor réplica a las afirmaciones del crítico de "Comoedia" que estas palabras de C. A. Herrera Mac Lean: "Aquellos que no sienten la arquitectura nueva, apegados sus ojos al blando mirar del pasado, que lean dos páginas de Le Corbusier. Y en vez de calificar de snobismo el arte nuevo o de englobarlo dentro de una vaga y despectiva clasificación de cubismo, que traten de destruir sólo dos aforismos de su libro "Vers une architecture".

Después de historiar el movimiento de la arquitectura austro-alemana del siglo XX, el arquitecto Guido quiere desvirtuar la originalidad del maquinismo de Le Corbusier citando un conocido postulado de Semper que más tarde atacó Peter Behrens: "el arte no es más que un producto mecánico resultante del uso de los objetos y de la técnica".

En verdad, Le Corbusier tampoco se apoya en el postulado de Semper, prueba de ello esta frase escrita en una carta dirigida por el urbanista a los editores de "Artes decorativas": "La forma y la estética de la arquitectura moderna no han sido dictadas automáticamente por las construcciones del hierro y del concreto".

Más adelante, el señor Guido insiste en las contradicciones y obscuridades de Le Corbusier; pero todos sus ataques se dirigen a las obras "Vers une Architecture" y

“L'Art décoratif d'aujourd'hui”, de donde transcribe frases aisladas cuyo valor y significación no pueden apreciarse si no se conoce la conexión que tienen con ideas desarrolladas en las mismas obras. Pero lo más sorprendente es que el señor Guido pasa por alto las concepciones geniales expuestas en “Urbanisme”.

“El acontecimiento nuevo es el maquinismo que ha desmoronado por completo la sociedad moderna”, dice Le Corbusier al principio de su folleto “Vers le Paris de l'époque machiniste”. Pero, Le Corbusier no se apoya en ninguna receta alemana para que el señor Guido le quiera anular originalidad en el terreno de la arquitectura maquinista.

Guido titula su artículo “Ubicación de Le Corbusier”, pero tal designación no responde al contenido crítico del estudio que el arquitecto argentino hace del orientador más resuelto de la estética contemporánea. A pesar de la excelente documentación puesta al servicio del deseo de restar originalidad e importancia a Le Corbusier, Guido no ha logrado su objeto, pues no observa más que uno de los múltiples aspectos del espíritu lecorbusiano, descuidando toda la teoría desarrollada en “Une maison, un palais”, “Urbanisme” y en todo lo esquematizado en “Vers le Paris de l'époque machiniste”.

El arte de Le Corbusier se apoya en el lirismo de hoy, es decir “en los trazados precisos que han sido hechos, que el análisis de los detalles ha impuesto, que una vista de conjunto ha organizado”; pero para comprender y sentir ésto, Le Corbusier no ha hecho más que meditar y desplegar toda la furia de su “optimismo actuante”, sin

esperar a recibir la lección de los germanos ni de los nórdicos.

Aquel concepto kantiano de que la belleza es una finalidad sin fin se encuentra totalmente rebatido en lo que se refiere a la arquitectura nueva, a la “arquitectura viva”, pues Le Corbusier ha evidenciado la estética del “outil”, la nobleza de lo que sirve para algo, de lo que responde a una exigencia constructiva, a un imperativo biológico. Lo superfluo, la decoración por sí misma, lo que no tiene un objeto, carecen de dignidad y de razón. Pero en esa búsqueda árdua de volúmenes que cumplan una función, Le Corbusier no se reconcilia ni un solo instante con aquel utilitarismo fastidioso y pegajoso que hizo irrupción a fines del siglo pasado. Tampoco guarda relación con el manoseado y vulgarísimo maquinismo — lugar común del falso modernismo — abaratado por los futuristas repetidores; Le Corbusier ha visto la mecánica por un lado que nadie le conocía y por el cual se llega a la conexión con la estética.

Por su devoción por las matemáticas, Le Corbusier se pone en el paralelo del canto 24 de Maldoror. Como Lautréamont, siente con hondura extraña el lirismo de la exactitud y de la severidad del número.

Su manera de encarar la geometría y su actitud espiritual frente a la vida lo acercan a la órbita pascaliana de *l'esprit de géométrie* y *l'esprit de finesse*.

Le Corbusier ha creado una ciudad de clorofila y de cemento, de árboles y de geometría, de frescura y de solidez, de esparcimiento y de trabajo. El ha descubierto la comunión de la arquitectura con el vegetal.

Gervasio y Alvaro Guillot Muñoz.